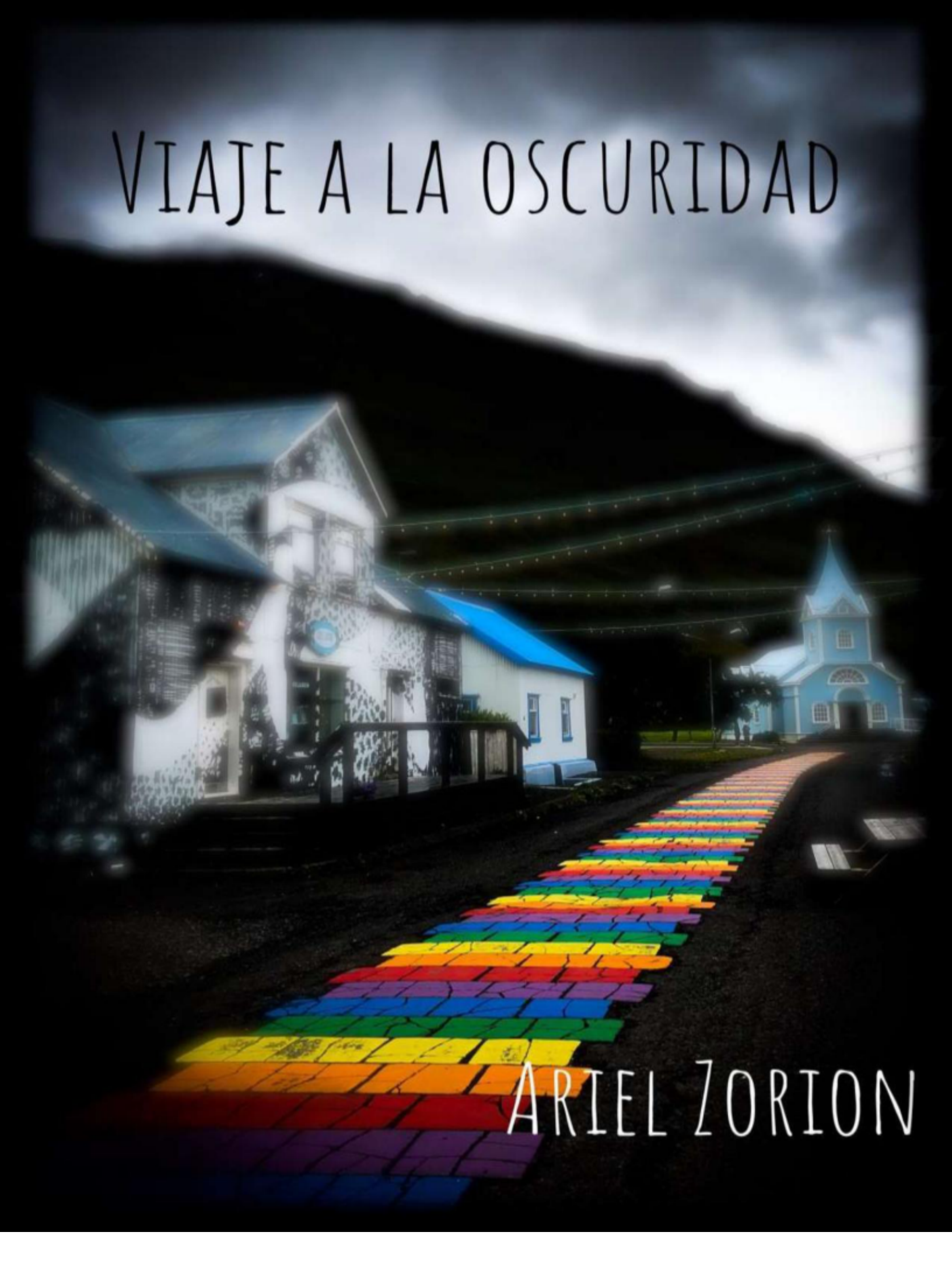

Viaje a la oscuridad
Ariel Zorion



Viaje a la oscuridad

SINOPSIS

¿Crees que dentro de ti vive un asesino? ¿Crees que podrías llegar a matar a otro ser humano bajo alguna circunstancia? La mayoría tendemos a pensar que no, nos aborrece siquiera la idea de imaginar dicha posibilidad. La realidad es que nadie sabe lo que sería capaz de hacer hasta que se encuentra en una situación extrema. Un hecho traumático puede hacer estragos en nuestra personalidad. Imagínate lo que podría ocurrir cuando esos hechos traumáticos se acumulan un día tras otro durante la fase más vulnerable de tu vida.

Daniel es un hombre de negocios de éxito. Los que le conocen, le consideran un hombre íntegro y un buen jefe. Ha llegado a la cima a base de esfuerzo y más esfuerzo.

Esa ha sido la clave de su éxito, unida a una brillante inteligencia. Así que, en resumidas cuentas, no le debe nada a nadie. Sin embargo, él sí considera que tiene cuentas pendientes que deben ser saldadas. Después del fallecimiento de su madre, a la que se sentía muy unido, empezará a cobrarse cada una de ellas.

Su viaje a la oscuridad ha comenzado de manera irrefrenable, salvo que haya alguna persona capaz de detenerle en su caída hacia el abismo. Está convencido de que lo que hace está justificado y, cada día que pasa, su crueldad va en aumento. Cuenta con dos poderosas herramientas, dinero e inteligencia, lo que le hacen aún más peligroso. Pero, además, el remordimiento no parece ser un problema para él, alguien del que nadie diría que es capaz de tanta vileza. No obstante, es justo decir que conviven en él dos personalidades contrapuestas: una la del niño indefenso que fue y otra la del adulto empeñado en resarcir el dolor que le fue infligido cuando era un crío.

Y, de paso, quiere dejar un mensaje para todos aquellos abusones que se creen con derecho a maltratar a los que consideran débiles: la debilidad puede tornarse en una determinación sin límites.

PRÓLOGO

Me llamo Daniel y estoy decidido a vengarme de todos los que me han hecho sufrir, de un modo u otro. Sí, has leído bien. Sé que parece una forma demasiado directa de empezar algo. Es lo que hay. El tiempo no se inventó para perderlo y yo soy claro y no me ando con rodeos. Simplemente, no me gusta darle una y mil vueltas a una idea en lugar

de ir al grano desde el principio. Al final, el destino es el mismo, ¿para qué merodear si hay un camino directo? Por tanto, si estás leyendo esto es que habré consumado mi plan, lo que me hace enormemente feliz. Y, aunque me cueste la vida, habrá merecido la pena. No temo las consecuencias. Será algo mágico. La catarsis lo merece.

Debo insistir: no tengo miedo a lo que pueda sucederme, quiero dejarlo muy claro.

No me escondo y es algo que sienta muy bien, por cierto. No soy ningún cobarde. Tal vez en otro tiempo lo fui. Ya no. Mis experiencias en la vida me han hecho quien soy, aunque supongo que también llevaría algo en los genes, porque estoy seguro de que no todos reaccionamos igual ante los mismos acontecimientos y sucesos.

Durante la mayor parte de mi infancia deseé ser invisible para que los matones de mi colegio se olvidaran de mi existencia y no lo conseguí. Nadie hizo nada por ayudarme y fueron muchos los que miraron para otro lado, como si no mirar fuera sinónimo de no ver. Os recuerdo a todos y cada uno de vosotros, por cierto. Estáis presentes en mi mente con una nitidez pura y prístina. Yo miré y os vi. Aún os veo cuando cierro los ojos.

Pues bien, ahora soy yo el que quiere convertirse en el protagonista de vuestras pesadillas. Me meteré en vuestras cabezas y será mi cara lo último que veáis antes de morir. Esta vez no podréis mirar para otro lado porque no os lo permitiré. No os voy a dejar ni a uno solo de vosotros con vida. Será mi redención. Y lo mejor de todo es que vais a pasar miedo, mucho miedo. Quiero oíros suplicarme que os perdone, aunque sé que no hay escapatoria posible para ninguno de vosotros.

Te estarás preguntando cómo voy a hacer algo tan atroz. No te preocupes, voy a contártelo todo. Te adelanto que soy rico, inmensamente rico de hecho, y eso me permite disponer de un sinfín de posibilidades. Eso sí, nadie me ha regalado nada.

Cada Euro me lo he ganado con mi esfuerzo. Además, mi fama me precede porque he sido honesto y responsable toda mi vida. La gente me considera un hombre íntegro. Ni siquiera tengo una mísera multa de aparcamiento. Mi expediente está impoluto. ¿Quién puede sospechar de mí? Alguien que ha hecho y hace tanto por la comunidad.

Ha sido duro esperar tantos años, pero ha llegado el momento, amargo en cierta medida por el suceso que lo ha desencadenado. Pero

merecerá la pena. Hipoteco mi futuro por un bien mayor, por el sabor de la venganza. Y, ¿quién sabe? Tal vez me tomen por una especie de justiciero y me convierta en algún tipo de héroe popular.

Incluso puede que Clint Eastwood dirija una película contando mi historia, eso sería más que un sueño. “Malpaso Productions presenta la historia de Daniel”.

Las cosas comenzaron así…

CAPÍTULO 1: INFANCIA

Tenía doce años cuando la pesadilla sufrida en el colegio se convirtió en anécdota comparado con lo que tuve que pasar en el instituto. Todavía no entiendo porque era un objetivo tan deseable para los abusones. Mi padre había fallecido siendo yo un niño, concretamente cuando tenía tan solo cinco años. Una edad demasiado tierna para sufrir algo tan devastador. Después de una larga enfermedad, su corazón dijo basta y nos quedamos mi madre y yo solos. Una historia dura, la verdad. Casi lacrimógena, si no fuera porque no soy de esos a los que le gusta llorar. Hay que afrontar la vida como viene. Punto. Nada de lamerse las heridas y lamentarse. Pero no todos somos igual. Ni siquiera yo mismo he sido siempre así. Mi madre cayó en una depresión y nunca volvió a ser la misma. Por lo que siempre le oí contar, habían tenido una relación preciosa y habían vivido un amor verdadero. Jodida mala suerte.

Nunca le conté a mi madre lo que me sucedió ni en el colegio ni en el instituto. Ya sufría demasiado y yo no quería ser otro motivo de dolor. Así que, desde muy pequeño, aprendí a callar y a tragar, lo cual evidentemente fue una mala idea, pues resultaba llamativo para aquellos que disfrutaban machacando a otros. Sabían que hicieran lo que hicieran, nunca iba a contárselo a nadie. Así que me convertí en un blanco fácil. Era para ellos como un punto de luz en la oscuridad. No tenía forma de ocultarme y tampoco era capaz de salir por mí mismo de aquella situación.

Ahora que mi madre ha muerto, por fin puedo quitar la tapa de los truenos. No sé como he podido contener durante tanto tiempo mis ansias de venganza. Supongo que ver como se iba apagando desde hace tantos años era lo único que me hacía reprimir el odio. Quería que se sintiese orgullosa de mí hasta su último aliento, quería ser su motivo para vivir, quería que no le cupiera la menor duda de que fue la mejor madre que pudo ser en sus circunstancias. Quiero pensar que eso es amor o que, al menos, he sido capaz de sentir amor por alguien.

Ahora no va a poder avergonzarse de mí y, a pesar de que siento y lamento su ausencia, por fin soy libre para dar rienda suelta a lo que durante tantos años me he guardado. La puerta de la jaula se ha abierto y la bestia ha sido liberada.

Hay ocasiones en las que, cuando me paro a reflexionar, no acabo de comprender cómo me he convertido en alguien tan fuerte. Tenía todas las papeletas para ser víctima, en lugar de verdugo. Otras veces, por el contrario, considero que posiblemente los años sufridos de acoso me han convertido en este ser impasible y, en algunos casos, casi insensible que actualmente soy. Me he hecho casi inmune al dolor, tanto al propio como, sobre todo, al ajeno. Supongo que son una especie de súper poderes que te

quedan como secuelas de la violencia sufrida. No obstante, parece que lo disimulo mejor de lo que yo creo, pues soy muy bien valorado por mis empleados y es algo que se suele destacar en las publicaciones sobre mi empresa o sobre mí en particular. Hubo un artículo que titularon "*La humanidad del gran jefe*". Estuvo a punto de desencajárseme la mandíbula de tanto que me reí cuando lo leí. ¡Si es que encima debo ser buen actor!

Ya se sabe, a veces es más importante parecer algo que serlo. Lo fundamental es que se lo crean.

Cuando se descubra todo lo que estoy a punto de hacer (para ti, mi querido lector anónimo, lo que ya hecho), son muchos los que se van a echar las manos a la cabeza.

"¡Increíble!", dirán, porque la imagen del niño indefenso que conocieron hará inviable que se dibuje en su imaginación la imagen de un cruento asesino en serie sin piedad alguna que, además, disfruta extirpando los males que aquejan a la sociedad. Bueno, no todos, sólo los que a mi conciernen, que tampoco soy un súper héroe ni un redentor.

Por otro lado, es casi lógico que haya alcanzado este grado de maestría. Han sido años escondiendo mis emociones y disfrazando mis sentimientos. En mi adolescencia era lo único que me servía para que dejasen de acecharme, apretar los dientes y disimular lo mejor que podía, mientras mi cuerpo entero parecía agitarse por el miedo, para que pensaran que nada me afectaba. Ahora soy un experto. Tal vez sea un psicópata más, quién sabe. Al parecer, hay estudios que señalan que los años de maltrato y abuso modifican la estructura cerebral de un niño, especialmente se modifica el tamaño y los niveles de

activación de la amígdala, que es uno de los centros en los que se supone que reside la empatía. Honestamente, poco me importa. Tantas cicatrices han logrado hacerme inmune al dolor y que mis ojos ya no tengan lágrimas. En tal caso, es obvio que con ellos, con los psicópatas, comparto la poca implicación emocional en mis relaciones personales y el hacer lo que haga falta para alcanzar mis objetivos.

Sí, lo has leído bien. Cuando digo que hago lo que haga falta, es exactamente eso.

No pienses en eufemismos. Hago aquello que sea necesario, sin importarme los daños colaterales ni cómo pueda afectar a otros. No obstante, si esto que estoy escribiendo sirve como mis memorias o mis últimas voluntades, dono mi cerebro a la ciencia cuando me muera para que puedan estudiar dónde reside el mal en un hombre como yo. Porque no pienso pisar la cárcel, antes muerto que verme encerrado. Seguro que encuentran algo peculiar. Y será un último acto de generosidad para con la humanidad.

Algo más por lo que ser recordado.

Puede que en este punto hayas empezado a pensar que soy un auténtico monstruo.

No te ofendas, pero me da igual. De hecho, es posible que tengas razón. Además, nadie te obliga a seguir leyendo. Si no quieres conocer mi historia, lo puedes dejar justo aquí y

ahora. Si sigues adelante, será por tu cuenta y riesgo. Las pesadillas corren a cuenta de la casa porque nada volverá a ser igual. La decisión es tuya, de nadie más.

Curiosamente, mis asalariados disfrutan de un aparente exquisito trato personal y de un gran número de beneficios, pues no soy idiota y tengo claro que las vacas felices dan más leche. De esta forma, genero lealtad a mi alrededor y es *vox populi* que la gente se pelea por trabajar en mi empresa a este lado del océano, al más puro estilo Silicon Valley, la meca de la tecnología, la tierra prometida de los frikis. Es una empresa con un crecimiento geométrico prácticamente desde su fundación. Los empleados tienen sueldos generosos y cuentan con beneficios deseables como un seguro médico de gran cobertura. Además, a todos y cada uno de ellos se les ofrece la posibilidad de ser socio accionista, sin discriminación. Somos un modelo a seguir con numerosos premios a nuestras espaldas debido a nuestro modelo de negocio sostenible y humano. Puede que incluso tú alguna vez te

plantearas la posibilidad de trabajar para mí. La vida es un auténtico ciclón de causalidades y casualidades. Tal vez hayas tenido suerte de no cruzarte en mi camino, aunque te adelanto que ninguno de mis empleados y colaboradores actuales está en mi diana. Al menos, no por el momento.

Me encanta viajar, siempre me gustó. De pequeño soñaba con recorrer el mundo, aún sabiendo que era casi imposible que fuéramos siquiera a la playa a pasar una semana. Ahora ese sueño ya se hizo realidad. Pero no todos los viajes son igualmente deseables. Puede que algunos desdeñen el que ansío emprender ahora, mi particular viaje hacia la oscuridad que no voy a abandonar hasta que esté completado. Me siento cómodo en su lobreguez. Las sombras me mecen y me cobijan. Me siento renacido. Por algo dicen que los viajes son para disfrutarlos, ¿no? Tienes que dejarte llevar. En mi caso, es una mezcla de viaje de negocios y de placer, puesto que voy a cerrar asuntos pendientes y voy a deleitarme mientras lo hago. ¿Es que acaso se puede pedir más? No lo creo.

CAPÍTULO 2: ANTECEDENTES

Me apetece que, antes de que estimes a bien juzgarme y elegir el calificativo que crees que mejor encarna lo que soy, conozcas bien los antecedentes. Para empezar, no nací así. Es decir, podía hacer alguna travesura que otra como cualquier niño, pero la maldad no habitaba en mi alma. De hecho, era un crío bastante inocente. Incluso, hubo una etapa de mi vida, muy remota y lejana ya, en la que fui un niño feliz. Para mi desgracia, no duró mucho. El luto lo llenó todo, hasta el último rincón de nuestra existencia.

Relájate. No pretendo que dejes de sentir esa repugnancia instintiva que, si no se ha despertado aún, lo hará. Tampoco es que esté buscando tu complicidad o tu compasión.

De hecho, si has sido el afortunado o afortunada de encontrar mi manuscrito, creo que deberías acudir a la policía para alejar cualquier sospecha que pudiera recaer sobre ti.

En esta vida hay que ser listo. Y esto para mí es un juego, uno de esos de estrategia que te mantiene entretenido con sus múltiples dilemas. Aún no sé si voy a llegar a la meta final con el triunfo entre mis manos o se me adelantarán otros. Lo que sé es que voy a poner toda la carne en el asador.

Recuerdo que casi desde el primer momento en el que me incorporé al

colegio, hubo un niño al que no le gustaba. No sé porque merecí aquel honor cuando no había hecho nada para ganármelo. Él era bastante torpe, por no decir algo más despectivo como que era un estúpido integral, y supongo que el hecho de que yo aprendiera con tanta rapidez le hacía sentir más tonto de lo que era ya de por sí. Así que decidió amargarme la existencia en el patio y aprovechaba para ridiculizarme en clase delante de mis compañeros siempre que podía. La maestra no le pasaba ni una, menos mal. Y

por ello, señora Mª Dolores, le estoy sumamente agradecido y no está usted en mi lista, pues se preocupó de que sus alumnos se comportaran como debieran. Es más, cuando todo esto termine, recibirá una generosa recompensa que espero que no rechace, puesto que sé que es una mujer de férreos valores. Es sólo mi manera de expresar mi agradecimiento por todo lo que se preocupó de mí en aquellos momentos tan difíciles para mí. Con más personas y profesionales como usted, probablemente no estaríamos hablando de esto en este preciso instante.

Como iba diciendo, en clase este cretino se controlaba porque sabía que nuestra tutora lo vigilaba de cerca para evitar que se metiera conmigo, aunque en el comedor se cebaba por todo lo que se reprimía durante las horas lectivas, sin importarle que al día siguiente Doña Mª Dolores le pediría cuentas y le aplicaría el correspondiente castigo. A la pobre mujer la traía de cabeza, pues no hacía más que intentar corregir su conducta

sin éxito. Una y otra vez, además, acudía a mí para ver cómo me sentía y para recordarme que podía acudir a ella siempre que quisiera.

Cuando murió mi padre, el madito cretino se burló de mí de una forma tan cruel que nunca he podido olvidarlo. Yo estaba destrozado, en shock, y él hurgó en la herida más dolorosa que había sentido jamás hasta hacerla tan profunda como el canal de Panamá. Ni que decir tiene que Luis, que es como se llama aquel malnacido, tiene el honor de ocupar el primer lugar de mi lista, ya que él fue quien inauguró la pesadilla que fue mi infancia.

Hacía mucho que le había perdido la pista. De hecho, mientras aún vivía mi madre, no creo haber pensado con detenimiento en él ni un solo segundo en muchos años. La represión aprendida durante los tiernos años de la niñez funcionaba en piloto automático como si fuera una válvula que contenía todos los demonios que no debían salir hasta que llegase el momento oportuno. Y el momento ha llegado. Han pasado algunos meses desde que le dimos a mi madre sagrada

sepultura y el luto ha sido más que suficiente. Así que Luis, voy a por ti. Disfruta de lo poco que te queda de vida.

Por desgracia, no todos los profesores son como doña Mª Dolores. Algunos prefieren mirar para otro lado, como si los problemas no tuvieran nada que ver con ellos. ¡Puff! Si no los ves, si no demuestras claramente que has visto cómo han presenciado lo ocurrido, por arte de magia desaparecen. A veces, incluso tratan de convencerte de que su inacción está justificada y persigue el glorioso objetivo de hacerte madurar. ¡Menuda patraña! Una cosa es madurar intentando resolver por ti mismo pequeños conflictos y otra muy distinta es enfrentarte tú sólo al matón de la clase cuando, además, te sientes indefenso y vulnerable.

Tuve la mala suerte de cruzarme en quinto de primaria con una bruja de las que salían en los cuentos de nuestra niñez, una de esas arpías crueles e infames. Será porque no todo el mundo tiene esa vocación y ese anhelo de entregarse y ayudar a los demás.

Será porque hay demasiados cobardes en esta sociedad alienada. No todos nacimos para ser héroes. Yo no necesitaba heroicidad alguna, sólo precisaba algo de comprensión y apoyo. Y por esa inacción, por esa bajeza, lo pagará caro, como todos los demás. Doña Pura: usted es la segunda de mi lista.

CAPÍTULO 3: LUIS

Luis trabaja recogiendo los desechos de un hospital. Bonito epílogo para una vida de mierda. Polvo eres y en polvo te convertirás o, más bien, en una deyección inmunda.

Su trabajo parece una parodia de sí mismo, recogiendo las señales y los residuos que ha dejado el dolor en otros. El pobre idiota sigue siendo un mal bicho con pocas luces, pues he descubierto sin mucho esfuerzo que trafica con jeringuillas y algunas sustancias que consigue llevarse del hospital. Así que encima voy a librar al mundo de un parásito sin alma. Tendrían que darme las gracias. Seguro que hay gente que deja de sufrir cuando desaparezca de la faz de la tierra y pase a engrosar la lista de los deshechos que no merecen un funeral.

Tal vez podía haber llamado a la policía, entregarle las pertinentes pruebas y toda la información de la que dispongo sobre esta ridícula escoria. Tal vez, pero no es mi estilo.

Ahora me gusta resolver las cosas por mí mismo. También podría pagar a otros para que se encargasen por mí. Dicen que en la internet

profunda puedes encontrar casi de todo y no es nada extraordinario contratar así a un sicario. Ya ves, soy de los que les gusta ensuciarse las manos. Además, me perdería el espectáculo en primera persona de ver su rostro estremeciéndose de dolor, y eso es algo que no tiene precio.

Aún así, estoy nervioso. Luis, vas a ser el primero. Te corresponde ese honor ganado a pulso por tu vileza. Viendo en el estado en el que te encuentras, no debería preocuparme porque vas a ser presa fácil, pero ¡qué demonios!, uno no estrena su carrera como asesino en serie todos los días. Tampoco es que quiera convertirme en el nuevo Charles Manson y que la historia me recuerde sólo y exclusivamente por ser un asesino despiadado y cruel. No obstante, desde luego quiero hacer las cosas bien y, si al final me consiguen atrapar, al menos me gustaría ser un reto profesional para la policía, pues no tengo intención de ponérselo fácil. Han sido meses de planificación y eso se tiene que notar. Siempre he sido meticuloso.

Estoy estudiando con mucho detenimiento el plan. No puedo dejar ni el más mínimo rastro. Si fallo en el primero y me pillan por un descuido, se acabó lo que se daba. Y toda mi obra quedará inacabada. Lo más importante en estos casos es mantener la mente fría, no dejarse llevar por las emociones, porque éstas pueden provocar errores tontos. Hay que calcularlo todo al milímetro, incluidos los posibles imprevistos.

Anticipación, esa es la clave.

Así que tengo pensado llevarte a un lugar especial, un lugar que, maravillas de la economía sumergida, he adquirido recientemente para convidar a mis especiales

huéspedes. Para ello, voy a seducirte primero. Me haré el despistado, como que me cruzo contigo por casualidad, como si el destino hubiera vuelto a cruzar nuestros caminos, lo cual no es del todo mentira. Lo que pasa es que, en este caso, el destino lo he decidido yo de antemano. No cuentes con que el azar pueda salvarte de ésta porque no tienes escapatoria.

Pues bien. Ese estupendo lugar que he encontrado es una cabaña semi en ruinas, que parece abandonada en un recóndito lugar muy cerca de la sierra. No voy a dar más datos, obviamente. Voy a contar muchas cosas aquí, pero lo que no voy es a ofrecer geolocalizaciones de forma gratuita.

Es un lugar precioso, un entorno espectacular, para que veas cómo cuido los detalles. Antes, te invitaré a cenar a mi casa, la última cena para un condenado a muerte. Mi chef dejará la cena lista, pues le diré que tengo una cita especial. No le sorprenderá, porque sabe que soy muy discreto con mi vida personal y no es la primera vez que le pido que haga algo así. Y te drogaré, para que luego me sea más fácil trasladarte. Te subiré a mi coche sin que nadie nos vea, porque tendremos la casa sólo para ti y para mí, sin cámaras de seguridad que graben nuestra llegada. Y te llevaré a nuestra entrañable cabaña, forrada de plástico para que las salpicaduras de sangre no se cuelen entre las rendijas de la madera dejando una evidencia imperecedera de nuestro encuentro. Te ataré a una silla y te contaré con detalle por qué motivo estás ahí.

Después de oírte gritar y suplicar, te trepanaré el lóbulo prefrontal con una broca para hormigón y observaré como se te escapa la vida gota a gota, tal y como tú me arrancaste la autoestima y la dignidad día tras día durante nuestra infancia compartida. Una vez muerto, te trocearé y esparciré tus pedazos por el bosque para que las alimañas se alimenten. Es una zona en la que abundan los coyotes y otros animales salvajes. No es perfecto, pero es fácil que devoren tus restos con rapidez, así que no tendré que preocuparme por la forma en la que debo deshacerme de tus pedazos.

Estoy disfrutando sólo con repasar el plan, así que no puedo imaginar el subidón de adrenalina que tendré cuando lo esté ejecutando. Espero que la ansiedad no me traicione y me aboque a precipitar las cosas y hacerlo todo deprisa y corriendo por las ganas de degustar el final. En cualquier caso, soy consciente de que una cosa es imaginarlo y otra muy distinta arrebatarle hasta el último aliento a otro ser humano, aunque tú, Luis, más bien seas un tarugo sin sentimientos. Mi madre intentó trasmitirme unos valores que nada tienen que ver con lo que estoy a punto de hacer, así que, en cierto modo, esto será una forma de traicionar su memoria. Ojalá la culpa no se interponga y haga aflorar mis antiguas debilidades.

El día ha llegado. Mañana tienes turno de tarde en el hospital. Allí nos veremos, entre los desechos.

CAPÍTULO 4: DÍA DEL ESTRENO

Estoy nervioso. Apenas he podido dormir. No veo el momento de que llegue esta tarde. Sé a qué hora acaba Luis su turno y justo a esa hora estaré merodeando por allí.

Simularé un encuentro casual, aunque de casual obviamente no tiene nada. Pero eso tú no lo sabrás, es decir, no lo sabrás al principio. Luego, como es evidente, vas a descubrir lo poco accidental que ha sido nuestro encuentro.

Vale, aquí estoy. Las 20:45h. Es invierno, así que la oscuridad y la niebla (esto ha sido un golpe de suerte) me protegen. Me dirijo a la parte de atrás y haré como si no encontrara mi coche, el cual está aparcado en el área del parking que está en esta zona del hospital, precisamente. Otra casualidad. Sobre todo, porque es el área menos iluminada. Esperaré a que salgas, pues ya sé que siempre abandonas el hospital por este lado para que no se enteren del alijo que te llevas. Ahí voy. Es la hora.

- ¡Eh! ¡Oiga! Discúlpeme, ¿puede ayudarme?

(Te haces el despistado, tal y como sospechaba. Lo de ayudar nunca ha sido tu fuerte, ¿verdad? Aceleraré el paso para llegar a tu altura. No tienes escapatoria).

- Disculpe.

- ¿Qué quiere? - me preguntas con desgana y malos modos.

- Supongo que no me oía con el ruido de los generadores. Siento molestarle. Verá, es que creo que me he despistado y no soy capar de encontrar mi coche. ¿Sabe cómo puedo acceder al parking desde aquí?

- ¿Ve dónde está ese árbol?

- Sí.

- Pues páselo y unos metros más allá verá una salida por una valla que está rota.

- Gracias, hombre.

- Sí, vale - otra vez ahí ese desdén.

Espero un instante a que te gires y empieces a irte para que parezca más espontáneo. Supongo que también le da más dramatismo a la escena. Me lo imagino

como si fuera una película de cine. Esta niebla además es propicia. No obstante, lo de ser actor nunca se me dio bien (al menos antes, porque ahora he desarrollado nuevas habilidades), así que espero que tus

cortas entendederas no se den cuenta de que finjo.

- Espera. Yo te conozco - la cara que acabo de poner es de Óscar de la Academia: “And the winner is…”.

- Lo dudo mucho.

Maldito capullo, ni siquiera tienes intención de detenerte un instante para ver si me conoces. ¿O tal vez temes que descubra lo que llevas? Quizás es que te has granjeado demasiados enemigos en tu corrupta existencia y sospechas que haya alguna afrenta que necesita ser restañada.

- Sí, sí. Estoy seguro. Te llamas Luis, ¿verdad? Íbamos juntos al colegio.

- Sí, me llamo Luis. Lo siento yo no te recuerdo.

(Típico de un abusón en la infancia, no reconocer a su víctima cuando ambos son adultos. Un motivo puede ser la vergüenza, pero ese no es tu estilo. A ti lo que te va es la indiferencia).

- Soy Daniel. Que sí, en serio, estoy seguro de que eres tú. Íbamos a la misma clase, tienes que acordarte, hombre.

- No suelo pensar mucho en la época del colegio, la verdad.

Claro, me imagino que eso les pasa a los que no sienten precisamente orgullo por lo que hicieron o, tal vez, simplemente a los que no padecieron cada uno de los días que tuvieron que asistir a clase con miedo a que el abusón de turno les pegara.

- Bueno, tal vez me equivoque. Hace mucho de aquello. Además, vengo de visitar a un familiar que está en las últimas y supongo que estoy más sensible de lo habitual. Ya sabes, es agradable reencontrarse con las personas de tu infancia y esas cosas, como un volver a un pasado en el que aún no has perdido a ninguno de aquellos a quienes tanto has querido. Disculpa las molestias.

Era evidente que tú no eres de los que leen el periódico, y mucho menos las noticias de economía, puesto que de haberlo hecho, habrías sabido que estoy forrado hasta los dientes y te habrías mostrado mucho más amable y colaborador. Así que me obligaste a utilizar una estrategia simplona como tú. En aquel momento, “casualmente” toqué el

botón del mando a distancia de mi carísimo coche y se iluminaron los faros. Luis, te cambió la cara. Era evidente lo que pensabas en aquel instante. Un carro de más de 100.00 pavos y un dueño que parece ingenuo. Algo así como "tal vez todavía pueda aprovecharme de este ignorante". La memoria te volvió milagrosamente. Pero no tuviste que esforzarte ni siquiera en aquel momento porque, sencillamente, te invité a subir.

- ¿Dónde quieres que te acerque?

- No sé, tal vez podemos tomar alguna copa y hablar de los viejos tiempos.

- Estaría genial. Se me ocurre otra cosa. Esta noche tenía una cita que he tenido que cancelar a última hora por las circunstancias que te acabo de comentar, así que el chef ha dejado la cena preparada y el servicio no está en casa. Si no te parece excesivo, te invito a cenar y así evitamos que se malogre una maravillosa cena. ¿Qué te parece?

- Me parece estupendo, salvo que seas un bujarrón en busca de sexo ocasional, porque te diré que me van las tías.

Tuve que tragarme el vómito cuando dijiste eso y disimulé una falsa e hipócrita risa. Eres un cretino homófobo también, ¡qué sorpresa! Estuve a punto de decirte que, si me gustaran los tíos, tú no serías una opción ni siquiera si fueras el último hombre sobre la faz de la tierra. No obstante, tuve que contener todo el odio y la ira que despertabas en mí. Notaba como mi carótida se inflamaba y como mis dientes se apretaban. Pensé que no iba a poder disimular ni un segundo más. Pero tenía que llevarte a mi casa si no quería que todo el plan se fuera a la mierda.

- ¡No, no! ¡Nada de eso, hombre! - te respondí con tono ligero, intentando hacer que pareciera que me había hecho muchísima gracia tu comentario de pacotilla.

La conversación por el camino fue insulsa e intrascendente, como tú. Algo de lo que puedes prescindir con facilidad porque nadie lo va a echar en falta. Eso sí, cuando me preguntaste por mi trabajo y te conté a qué me dedicaba, te faltó tiempo para decirme que podía colocarte en mi empresa, como si encima te debiera algún favor. Aludías a tu experiencia en el hospital como un valor claro para una compañía como la que dirijo, como si recoger la mierda, el rastro de la enfermedad y la muerte fueran la panacea que haría crecer mi negocio.

- Veré lo que puedo hacer. Tú mándame un currículo y yo lo paso a Recursos Humanos.

- ¿Un currículo? ¿Para qué lo necesitas? Nos conocemos desde la infancia, eso debería bastar.

- Bueno, Luis, adoro - (aborrezco) - tu ingenuidad, pero hay un Consejo de Administración que supervisa todas las decisiones de la empresa, así que no consiste en enchufar a nadie sin más - digo mientras noto como me duelen las mejillas de tanto simular una sonrisa -. Entonces, ¿un vino tinto te va bien? - (quiero decir, un vino tinto aderezado con un delicioso Rohynol que te convertirá en una marioneta en mis manos, aunque supongo que no lees la mente).

- Vale, tronco.

Empezaste a dirigirte a mí como si fuera uno de tus colegas de mala muerte, dándome palmaditas en la espalda, como si fueras superior a mí y yo no fuera más que tu lacayo. Creías que podías dominarme como cuando éramos unos críos y me sacabas la cabeza y medio cuerpo. Y mi desprecio no hizo más que aumentar. Me faltó poco para no coger un cuchillo y rebanarte ahí mismo el cuello. Pero no, debía ceñirme al plan que con tanta paciencia había diseñado, un plan que me permitiría disfrutar del momento, en lugar de lamentar mis impulsos torpes que habrían dejado el salón hecho una pena.

Tú fuiste el único responsable de la crueldad con la que tramité tu pasaje al más allá. Podría haber sido rápido y sencillo, pero eras una escoria que merecía sufrir y así me lo recordaste en cada minuto que vino después. Te parecían graciosas tus andanzas en el colegio, te parecía divertido pegar a niños como yo un día tras otro y amargarles la existencia. Te reías con la mandíbula desencajada mientras decías que no eran más que chiquilladas, como si fuera casi una especialidad deportiva. Y te parecía una barbaridad que en una sociedad sobreprotectora como la de hoy seguramente lo hubieran considerado acoso escolar y maltrato entre iguales. Te reíste, te reíste en mi cara. Y

desataste un grado de cólera en mi que no imaginé que pudiera habitar en mi interior.

No obstante, si algo debo agradecerte de esa última velada que pasamos juntos fue que me ayudaras a conocerme aún más a mí mismo. Soy capaz de cualquier cosa, soy atrevido, audaz e intrépido. Soy alguien que no lloriquea pidiendo que le dejen tranquilo y, sobre todo, soy alguien que no teme las consecuencias.

La siguiente imagen que viste al abrir los ojos una vez pasado el efecto de la droga, fue la de un matadero preparado para darle matarile a un cerdo como tú. Y empezaste a llorar, a gritar y a suplicar que te dejase ir, que éramos amigos, ¡¡AMIGOS!! ¡Patético, como toda tu existencia! Pero no había moratoria para ti. Ibas a morir y la agonía sería

larga. Tuve el detalle de explicarte cómo iba a ser, por si querías prepararte para lo que estaba por venir. Tal vez, fuera otro acto de crueldad, tampoco lo voy a negar. Y te enseñé cada uno de los instrumentos que iba a utilizar, especialmente el que te daría el toque final.

CAPÍTULO 5: DÍA DE RESACA

Ya está. Hecho. Ha sido duro, por una parte al menos. Me refiero a todo lo referente a la logística. Es decir, preparar el lugar del crimen al detalle, envolverlo todo con el plástico hasta el último resquicio y luego limpiar y deshacerme de todo el desastre. Es una parte bastante repugnante, no nos engañemos. Es el precio que hay que pagar. Y

también requiere de un esfuerzo físico extraordinario, más de lo que imaginaba. De hecho, me ha dejado exhausto.

Por otra parte, ha sido glorioso. ¡Qué sensación tan indescriptible! Estaba borracho de serotonina y dopamina. Sentía mi estado de ánimo expandido, como una proyección de mí mismo, como si me hubiera inyectado una fuerte droga. Pero fue mi propio cerebro el que me proporcionó la mayor dosis de placer que había conocido jamás, el opiáceo perfecto. Y ahora sé que me he convertido en un adicto.

Debo tener la maldad injertada en el mismísimo tuétano. Sí, lo has leído bien, injertada, puesto que prefiero pensar que no nací con ella. A todos nos gusta creer que nacimos puros e inocentes y que la vida nos ha hecho ser como somos: desconfiados, gruñones, malhumorados o, sencillamente, adultos. Ha sido como una bacteria que se me ha metido en el cuerpo y ya forma parte de lo más profundo de mí mismo, formando una simbiosis reconfortante y placentera.

¡Dios, Luis! Ojalá hubieras podido ver tus ojos a punto de salirse de las órbitas y tu expresión de incredulidad y desesperación al mismo tiempo cuando veías acercarse el taladro poco a poco a tu frente. Ya habías probado el sabor del metal de mi afilado cuchillo cortándote pedacitos de tu cuerpo, y el de mis tenazas retorciéndote las zonas cartílaginosas, así que no sé por qué te asustaste tanto. Supongo que porque ahí supiste que no había clemencia posible y que tu vida ya

era *game over* . En fin, sospeché que ya sabías que no tenía ninguna intención de parar, pues quedó claro que la sentencia seguía su curso. Tal vez es que de verdad la esperanza es lo último que se pierde.

Es difícil trepanar un hueso tan duro como es el del cráneo, especialmente cuando no usas precisamente material quirúrgico. He agradecido estar en forma para que no se me cayera el taladro de las manos. Tal vez debía haber pedido en la tienda de bricolaje una broca para agujerear huesos, pero seguro que no habrían entendido mi macabro sentido del humor.

Ha sido algo burdo, también lo sé. Pero es que tú no merecías nada más sofisticado.

Además, simboliza la matraca que me dabas uno y otro día. Tú sí que eras como un

taladro, perforando mi coraza y socavando la poca autoestima que me quedaba un día sí y otro también.

Muchas veces he visto en series y películas que los asesinos en serie se quedan pequeños trofeos que les sirven para rememorar sus hazañas. Soy un cinéfilo, qué le vamos a hacer. Ahora lo entiendo. Recuerdo cuánto me impactó cuando vi *Dexter* y como el psicópata guardaba muestras de sangre en el aparato de aire acondicionado. Mi estreno ha sido casi un homenaje al creador de dicho personaje, al escritor que dio forma y vida al personaje, con eses carácter tan peculiar y encantador a la vez. Tal vez fue una inspiración temprana, puesto que él, a su manera, también era un justiciero como yo, aunque en mi caso sólo busco justicia para mí mismo, mientras que él lo hacía para canalizar sus necesidades e impulsos de la forma más honesta posible, atendiendo a una doble moral.

Debo buscar un lugar seguro para guardar mi diario hasta que llegue el momento preciso y mis pequeños trofeos, puesto que si tengo alguna posibilidad de eludir la cárcel, que la policía los encontrara significaría casi una sentencia inapelable. “Señoría, yo no fui”. “¿Cómo puede tener la desfachatez de negarlo? Hemos encontrado pedacitos de sus víctimas en el cajón de su mesilla de noche”. Sería toda una estupidez.

Debo encontrar algún lugar que no esté relacionado directamente conmigo pero que pueda tener accesible al mismo tiempo. Grabar los crímenes sería algo gore y, además, en este mundo hiperconectado podría ser una pista fácil de rastrear, así que me contentaré con

grabarlos en mi memoria. No sería muy agradable que me llegase un mensaje que dijese “estamos intentando recuperar los archivos guardados en su nube”

proveniente del servicio técnico de mi smartphone. El suspense podría matarme.

Mañana tengo que volver al trabajo y no sé cómo voy a disimular la euforia que siento. Tal vez eso sea lo más difícil. Parecer el de siempre, como si nada hubiera cambiado, como si no hubiera barrido parte de la basura humana que habita estos lares.

Por el momento, voy a servirme una copa de vino y saborear el momento.

Por cierto, Luis. Me encanta tu llavero. Recuerdo que ya lo tenías en el colegio, una bellota que había tallado en madera tu abuelo especialmente para ti. ¡Qué entrañable!

Según solías decir, simbolizaba la fuerza. De poco te ha servido, la verdad. Tampoco creo que tu abuelo se sintiera orgulloso si supiera en la mierda de persona en la que te has convertido. Perdón, quería decir habías, porque ya eres pasado.

¡Ah! Gracias por el regalo. Lo guardaré bien.

CAPÍTULO 6: LA MAESTRA DE

QUINTO

Creía que tenía claro el orden que iba a seguir. Un orden cronológico, una línea del tiempo en las que están marcadas las afrentas que he padecido en mi infancia en un riguroso orden de aparición en escena. No obstante, no estoy seguro de poder seguirme ciñendo a este patrón. Hoy me he levantado con dudas. Mientras me afeitaba y veía la sangre que brotaba de una pequeña y casi insignificante herida pero que escocía a rabiar, he pensado que tal vez debería cambiar el orden y seguir una pauta en función del daño que me causaron. Quizás eso también me ayude a escabullirme más tiempo de la poli, una aparente desorganización, pues no cabe duda de que fácilmente van a encontrar el hilo argumental cuando descubran que muere gente relacionada con dos centros educativos muy concretos. No sé. Debo sopesar bien los pros y los contras.

No voy a decir que los profesores no se preocuparan de lo que me sucedía. Sería injusto y, sentimientos aparte, lo que sí mantengo es cierto sentido de la justicia.

Honestamente, la mayor parte de ellos me ayudaron en todo lo que ellos creían que estaba en su mano, aunque no siempre fuera suficiente. Pero hubo una que no hizo nada. No movió un dedo. No le importó. Sabía que mi madre estaba casi incapacitada por la depresión que padecía desde la muerte de mi padre y no quería tener problemas con el padre de mi acosador del momento, el cual era un reputado abogado. Así que miraba para otro lado y me decía que tenía que aprender a resolver mis problemas por mi cuenta, que eso me haría madurar. Pues bien, querida maestra, voy a enseñarle todo lo que he aprendido de manera autodidacta.

Se llama Purificación. Menudo nombre para semejante arpía. Puede que recuerdes que ya la he nombrado con anterioridad. Era y sigue siendo la segunda de la lista. Con ella aún mantengo el orden previsto. Era una auténtica bruja, no creo que haya cambiado. O, tal vez, sólo fuera cobarde. En cualquier caso, mezquina porque eligió su bienestar por encima de cuidar a sus alumnos. Doña Pura, no se lo voy a negar: le tengo ganas, muchas ganas.

Sin embargo, sé que esto va a ser más difícil que con Luis. El pobre infeliz era un marginado y no había nadie que le echase de menos. Pero su caso es distinto. Resulta que hay gente a su alrededor que la aprecia, aunque me cueste comprender cómo se puede amar a alguien

como usted. Tal vez porque no han conocido nada mejor. Al menos, tengo claro lo que la va a matar. En su caso el elegido es un veneno, uno de esos que causan dolor, emulando el que usted permitió que me provocaran además del que

usted misma me infligió cuando decía que era un blandengue y que no hacía más que quejarme. Veneno eran sus palabras y ahora va a probar su sabor. Además, suelen asociarse los venenos a los asesinatos cometidos por mujeres, así que tal vez me sirva también para despistar a los investigadores si llegan a descubrir que la suya no fue una muerte natural. Un 2 x 1.

Estoy aún decidiendo cuál será el queso que mejor la atraiga a la ratonera. Lo que será fácil es hacérselo tragar, puesto que Doña Pura siempre fue aficionada al vino. Pues sí, maestra, la voy a deleitar con un Rioja especialmente aderezado para usted. Ahora que lo pienso, no sé cómo no se me había ocurrido desde el principio. Había olvidado su vanidad. Ahora la recuerdo con claridad. Siempre apuntándose todos los tantos, los propios y los ajenos. Menuda víbora estaba hecha. Esas cosas no cambian porque, para hacerlo, hay que querer y usted estaba encantada de conocerse, a pesar de tener una vida que no puede ser calificada precisamente de extraordinaria.

Así que he decidido que voy a presentarme en su casa o en algún sitio íntimo donde nadie me vea ni recuerde que estuve allí y le diré que he llegado a donde estoy gracias a usted. Le diré que me ayudó a crecer y madurar, a sacarme las castañas del fuego por mí mismo, como suele decirse, y que esa ha sido la lección más importante que he aprendido en la vida. Debo reconocer que algo de cierto hay en ello, puesto que a base de palos aprendí a defenderme. Podía haber caído en una indefensión aprendida y verme abocado a la depresión. Al fin y al cabo, supongo que tengo cierta predisposición a caer en tendencias depresivas viendo como acabó mi pobre madre. Picará el anzuelo y no me será difícil disimular porque, en cierta medida, es verdad. He llegado a ser un asesino gracias a usted, aunque todo el mérito no le pertenezca, sino que lo comparte con un puñado de desgraciados más que hicieron de mi existencia un infierno particular. Eso sí, mis éxitos profesionales son sólo míos, que quede claro.

Debo dominar el sentimiento de impaciencia. Ahora comprendo lo que suelen decir de la escalada de violencia de los asesinos en serie. Me cuesta controlarme y esperar para medir al milímetro la situación, y eso que soy una persona organizada a la que le gusta el control. Debo contener mis impulsos y dejar que la mente fría decida los pasos a seguir. Sería una estupidez ir inmediatamente a por mi segunda

víctima si alguien descubre la lamentable desaparición de Luis: "*Rest In Peace* ". Un policía avezado podría descubrir la conexión, aunque no sea tan fácil establecerla. Además, debo mantener intacta mi fachada. No quiero que en el trabajo alguien pueda decir en su momento que en torno a los días de las misteriosas desapariciones el jefe se comportaba de manera extraña o de que faltaba más de lo habitual, especialmente siendo consciente de que soy el objeto de las miradas de muchos de mis empleados.

Muy bien, mientras espero, seguiré sus pasos durante un par de semanas al menos… Debo conocer mejor sus rutinas para encontrar el momento y lugar adecuados.

Y así, además, daré tiempo suficiente a que el recuerdo de Luis se haya esfumado y las bestias hayan ingerido hasta su última fibra.

CAPÍTULO 7: EMPIEZA LA FUNCIÓN

Ha pasado casi una semana y no he podido empezar a seguir sus pasos. He pensado incluso en contratar a alguien que lo haga por mí, aunque eso entrañaría demasiados riesgos. Ha habido ajetreo en la empresa y he tenido que prestar más atención a mis negocios. A mis otros negocios, quiero decir, los que pagan las facturas.

Una mala semana en bolsa y eso agita mucho el mercado, a los accionistas, al Consejo de Administración, a los compradores, a las filiales, a los distribuidores… Todos se ponen de los nervios. Siempre tengo que estar ahí para que se calmen, necesitan que sea su roca. No ha sido para tanto. Es bien sabido que el mercado fluctúa y que, en ocasiones, puede ser volátil. Pero no sirve de nada ponerse de los nervios y proponer soluciones drásticas. A veces me sorprendo de lo necios que pueden ser algunos. Por suerte, tengo tan ensayada mi cara de póker que todos se creen a pies juntillas lo que digo.

Así que me he quedado hasta tarde la mayor parte de los días. La tranquilidad parece que vuelve poco a poco. La empresa tiene beneficios y nuestras acciones han vuelto a subir. Además, estamos a punto de lanzar un nuevo prototipo de nanorobot y va a ser algo revolucionario. Delegar toda la responsabilidad en el departamento de Tecnología para Biorremediación y en Marketing para la presentación ha sido todo un golpe de efecto. Tal vez ahora tenga tiempo para mis otros quehaceres.

La vigilancia es intermitente, pues aunque tengo amplia libertad de movimientos, tampoco puedo pasarme el día entero fuera de la

empresa. No obstante, es una persona mayor con unas rutinas inquebrantables. Salvo cita con el médico, no hay imprevistos.

Tengo ya controlados los horarios. Además, su hija vive a la otra punta de la ciudad, así que sólo la visita un par de días en semana, incluido el domingo por la tarde.

He pensado en presentarme una tarde, casi cuando esté a punto de caer la noche, en casa de Doña Pura para invitarla a un buen vino y llevarle un regalo como agradecimiento, entre comillas, a todo lo que hizo por mí. Obviamente, no es más que un señuelo, porque el regalo se vendrá luego conmigo. El verdadero presente será el estramonio endulzando su copa de vino.

Me sorprendo a mí mismo con mi capacidad para mostrarme paciente. En lugar de lanzarme a por mi objetivo, he seguido observándola. Siguiendo sus pasos como un cazador sigue a su presa, agazapado en las sombras, mimetizándome con el entorno. Es lo bueno que tiene ser el jefe, que puedo escabullirme de la empresa con más frecuencia

que el resto y trabajar desde el lugar que considere más conveniente, salvo algunas excepciones. Maravillas del teletrabajo.

Por lo que he podido observar, le encantan las plantas, especialmente las flores.

Todo un detalle por su parte, pues me facilitará las cosas. La flor de estramonio, con su belleza y su aspecto inocente, será su pasaje al más allá: *Bon voyage* . Estoy deseando ver los efectos devastadores que produce en usted. Por lo que he podido averiguar, se puede preparar en infusión, así que no será difícil llevar un vial y vaciárselo en su copa de vino. Es un producto que acelera el ritmo cardíaco, que tiene efectos anticolinérgicos, como que seca la boca, provoca dificultades en la visión, delirios, *etc.* En fase de delirio, la persona puede ponerse extremadamente agresiva y acabar tirándose por la ventana.

Además, combinada con el alcohol, puede ser letal. Teniendo en cuenta sus problemas de corazón, creo que va a ser un espectáculo digno de ver.

Y para terminar mi tortura, le enseñaré lo que podría salvarla, un medicamento llamado fisostigmina que es el antídoto por antonomasia del estramonio. Tan cerca y a la vez tan lejos. Usted podría haberme salvado de las vejaciones y humillaciones que sufrí. Estaba en su mano. Y no hizo nada. Fue su decisión consciente.

Así que allá voy. Ha llegado el momento preciso. Estoy preparado. El día ha sido tranquilo en el trabajo, lo que es un regalo porque no siento ni el más mínimo cansancio o estrés. Mi corazón bombea con fuerza, como si estuviera a punto de subirme en una montaña rusa de un parque de atracciones. La adrenalina corre por mis venas, y eso que aún no he llamado al timbre. Supongo que son las maravillas de la anticipación, que nuestro cerebro genera la misma respuesta fisiológica que si estuviéramos en plena acción o incluso más para prepararnos para lo que tenga que venir.

La escucho acercarse a la puerta y se me acelera el pulso un poco más. Se asoma a la mirilla. Es bastante pequeña, así que supongo que está de puntillas. Ya se sabe lo que se dice, las buenas fragancias se guardan en frascos pequeños y los peores venenos, como el vial que me acompaña.

- ¿Quién es?

- Doña Pura, no sé si me recuerda. Fui su alumno en 5º curso hace ya muchos años. Me llamo Daniel Ramírez y le he traído un detalle para agradecerle lo mucho que me ayudó en el colegio. Seguro que me ha visto en la televisión o en los periódicos. Soy el propietario de Biotech.

Abre la puerta despacio, no sé si por las dudas o por los estragos de la edad. Ahí están esos ojos vacíos, mirándome con superioridad, a pesar de que soy casi 30

centímetros más alto que ella.

- ¿Daniel? ¿Eres tú? No pareces el mismo. ¡Cuánto has cambiado!

Claro que he cambiado. Aparte de lo obvio, ya no voy escondiendo la cabeza por miedo a que alguien se meta conmigo. Ahora saco pecho y soy yo, en todo caso, el que amedrenta. Como decía Heisenberg en Breaking Bad: “I’m the danger”.

- Bueno, han pasado unos cuantos años, así que supongo que es normal. Debo decirla que la veo muy bien, doña Pura. Parece que el tiempo no pasa por usted.

Miento de manera deliberada y flagrante, una mentira acompañada de mi mejor sonrisa, la cual ha sido tantas veces ensayada en los últimos años que casi parece real.

Sólo un especialista en microexpresiones faciales sería capaz de detectar la falsedad de mi rostro. Y yo que pensaba que era mal

actor...

- Uy, qué zalamero eres. No digas tonterías.

- No, en serio. La veo genial y me alegro mucho por ello.

- La verdad es que te he visto varias veces en las noticias pero no podía creer que fueras tú. ¡Ay que ver lo lejos que has llegado! Incluso ahora que te tengo delante, me parece increíble que seas el mismo. Todo es diferente en ti.

Observo como me explora y analiza con sus ojos aguileños, como los clava en los míos sin ningún pudor y, mucho menos, remordimiento. Durante unos segundos pongo mi cara de bobalicón para parecer un ser inocente y bonachón. Va a picar y lo sé, pero me hago el tímido y el retraído un poco más, para que se confíe, para que vuelva a encontrar al muchacho inseguro que fui.

- Bueno, le he comprado un ramo de flores porque recuerdo que le gustaban mucho y una botella de vino porque me gustaría brindar con usted. Verá, la verdad es que, tiene razón, me va muy bien en la vida, soy muy afortunado. Me siento muy agradecido por ello. Le debo tanto que me encantaría compartir con usted mis éxitos y celebrarlos. No sé si es un buen momento. Tal vez debería haberla avisado primero antes de presentarme así sin más.

- No, no, hijo - (me dan ganas de estrangularla según pronuncia esa palabra) -.

Adelante. No tengo demasiadas visitas, así que se agradece la compañía. Seguro que

tenemos muchas cosas de las que hablar o, al menos, estoy convencida de que tendrás muchas cosas que contarme. Cuando se lo diga mañana por la mañana a mis amigas no se lo van a poder creer.

- Genial, entonces.

Me adentro por fin en terreno desconocido. He previsto los pasos a seguir, incluso por donde irá la conversación, aunque eso evidentemente puede variar. Da igual, soy un maestro reconduciéndolas, lo hago a diario en el trabajo, así que llegaremos fácilmente donde pretendo. Lo que ha escapado de mi control hasta ahora es la disposición interior de la vivienda. Traigo mis propias copas, así que tampoco necesito conocer el lugar en el que guarda la vajilla. Además, me convenía un perfil bajo, con pocas apariciones por

la zona, pues no me interesa que ningún vecino me hubiera visto con anterioridad. Y dudo mucho que alguien pueda reconocerme. Podrán decir que vieron un hombre de traje oscuro en el rellano y poco más. He subido por las escaleras y he aflojado la bombilla que está próxima a su puerta, así que todo se encuentra en semisombra. Mi bufanda tapa parcialmente mi rostro y la gorra gris de fieltro que llevo en la cabeza tampoco favorecen el reconocimiento a un vecino que se asome a la mirilla, ni siquiera aunque me viera de frente. Las gafas de pasta negra hacen el resto. Mi oscuridad cubre todo de negro y siento como invade su hogar hasta marchitar hasta el último aliento de vida.

CAPÍTULO 8: PASAPORTE AL

INFIERNO

Doña Pura tenía un portatizas de plata que le regalaron por su jubilación. ¡Qué detalle tan bonito! Digo “tenía” por dos motivos. El primero y más evidente es que ya ha pasado a mejor vida. El segundo es que me lo he quedado yo. Ya tengo mi segundo trofeo. Lo guardaré bien junto al llavero de Luis.

Ha sido un espectáculo digno de relatar. Cuando buscaba información de las drogas más adecuadas para cada uno de mis objetivos, nunca imaginé que el estramonio fuera capaz de causar los estragos que he visto. El pasaporte al infierno de doña Pura ha sido a bordo de un carruaje de truenos. La he visto sufrir y ahogarse en su propio vómito, la he visto arrastrarse hacia a mí incrédula por lo que sucedía y pidiendo clemencia. Le he contado mis motivos, todos y cada uno. Le he detallado el porqué era digna de engrosar mi lista homicida y de lo que sufrí día tras día durante un curso entero gracias a su indiferencia e inacción. En el fondo, creo que soy bastante magnánimo, puesto que su sufrimiento es efímero en comparación con el dolor que padecí yo durante mi infancia y adolescencia.

Me he encargado de repetirle una y otra vez que era merecedora del infierno, que las puertas del cielo estaban cerradas para alguien como ella. Sé que es una casi insignificante tortura psicológica, pero a las puertas de la muerte vaya usted a saber lo que se traga la gente, especialmente alguien declarada abiertamente creyente de una fuerza superior o divina. “Tranquila, doña Pura. Nos veremos en el infierno. Tal vez ahí pueda resarcirse por esto cuando yo llegue”. Una pequeña forma de darle esperanza, para que luego no se diga que soy un hombre sin corazón.

Hubo una época, no hace tanto tiempo, en la que imaginaba que, llegado el momento, sería incapaz de perpetrar un crimen. Supuse que me faltaría el valor, el aplomo necesario. Imaginé que los nervios acabarían traicionándome y que volverían a mí miedos hace tiempo olvidados, inseguridades no superadas. Tal vez, al verme delante de mis fantasmas del pasado mis demonios del presente correrían a esconderse.

Pero no ha sido así. Más bien al contrario.

Nunca llegamos realmente a conocernos en profundidad a nosotros mismos, aunque creamos que lo sabemos todo. Somos capaces de

cometer terribles atrocidades según las acontecimientos que las desencadenen y ni siquiera lo sospechamos. Mi madre pensaba que en mí no había ni rastro de maldad. Pensaba que era un hombre

complaciente y bondadoso. Siempre estuvo orgullosa de mí, daban igual las circunstancias o si triunfaba o fracasaba. El suyo era un amor incondicional.

Me sabe mal traicionar su memoria y quiero dejar claro que ella no tuvo ninguna participación en la creación de este monstruo sin alma que soy ahora, porque ella me colmó de amor y cuidados tanto como pudo. No me gustaría que nadie la cuestionara porque, no nos engañemos, todos nos preguntamos en qué modo fue educado por sus padres un asesino. Tendemos a culpabilizarlos de algún modo, porque intentamos hallar una explicación que justifique en alguna medida lo sucedido, la terrible verdad.

Damos por sentado que el germen es la familia. Quizás debamos responsabilizar un poco de esto a los malditos psicoanalistas que se pasan la vida hurgando en la miseria de los demás. Por eso yo quiero explicar bien mis motivos, cada uno de ellos. La culpa es mía, por supuesto, pero se lo buscaron haciéndome daño gratuitamente.

Mi madre se esforzó mucho en transmitirme valores fuertes y valiosos como son la honestidad, el esfuerzo, la honradez, la generosidad, aún cuando andábamos escasos de todo. Ella siempre decía que lo que más quería es que fuese una buena persona como había sido mi padre. Y, mamá, lo habría sido, me hubiera encantado serlo y honrar tu memoria y la suya que es lo que merecíais, pero es demasiada bilis la que tengo acumulada, demasiados años de abusos, vejaciones, insultos y humillaciones. No puedo convivir con ello y mucho menos reconciliarme con mi pasado si no hago algo al respecto. No podría perdonarme a mí mismo esa inacción y acabaría odiándome y despreciándome. Debo desquitarme por tanto agravio.

Me alegro de que no estés aquí para ver lo que estoy haciendo.

CAPÍTULO 9: LUCÍA

Lucía. Una niña preciosa. Todos los chicos estábamos locos por ella. Tenía algo especial. No sólo es que fuera guapa, es que además tenía una personalidad arrolladora.

Yo pensaba que era buena. Parecía tan dulce siempre. Era estudiosa y responsable, educada y casi perfecta en cualquier cosa que uno pudiera imaginar. Era el ojo derecho de los profesores. Y yo pensaba

que alguien como ella no podía tratar mal a nadie. Y me equivoqué. Mi ingenuidad un tanto infantil aún a esa edad me llevó a intentar acercarme a ella. Desconocía su lado oscuro, pero lo tenía. Lo supe bien.

Lucía, me rechazaste de forma cruel. Te burlaste y te reíste de mí, como si alguien como yo no tuviera derecho a acercarse a alguien tan especial como tú. Pero he cambiado tanto que estoy seguro de que esta vez vas a ser tú la que acudas a mí arrastrándote. Para ti he preparado una fiesta especial que incluye Escopolamina o, como se conoce más comúnmente en el argot de las calles, Burundanga, una divertida droga que me permitirá tener el control absoluto de tu voluntad sin que ni siquiera te des cuenta. Pero descuida, antes de morir sabrás con perfecta lucidez que soy yo quien te arrebata la vida igual que tú me arrebataste mi dignidad en una etapa tan difícil de la vida como es la adolescencia. Lo siento, pero hace tiempo que ni perdono ni olvido.

Debido a que me rompiste el corazón, yo voy a hacer que el tuyo exploté en pedazos casi literalmente. Cuando perciba que el efecto de las drogas te permite entender lo que está sucediendo, te inyectaré un cóctel explosivo de epinefrina y seré testigo de como la vida se te escapa a borbotones.

Han pasado bastantes días desde que escribí las palabras que aparecen más arriba.

Aunque tenía todo planeado desde hace mucho tiempo, quería cuidar bien los detalles.

Es la clave de un buen trabajo, la planificación, la visualización del procedimiento, la anticipación de los posibles imprevistos… Bien, pues ya es un hecho consumado. Casi no puedo creerme lo fácil que me resulta llegados a estas alturas. Es mi tercera víctima y me parece que llevo toda la vida haciéndolo. Les llamo víctimas aunque, en el fondo, sigo creyendo que aquí la única víctima soy yo. Cada uno de los que están probando el sabor de mi rabia acumulada lo hacen porque eligieron hacerme daño. Así que, en cierta medida, tengo derecho a alguna forma de venganza.

Estoy cogiendo confianza en mí mismo. Me enfrento al asesinato con un aplomo asombroso, como quien se dispone a hacer una tarea cotidiana como poner la mesa.

Bueno, tal vez esto sea banalizar demasiado. Además, nunca

disfrutaría poniendo la mesa y me cuesta imaginar con qué otro tipo de actividad podría liberar tanta

adrenalina. Que ironía, que precisamente la adrenalina liberada me cause a mí tanto placer y a Lucía le haya conllevado la muerte.

Este caso ha sido uno de los que más me ha divertido. La pobre incauta se creyó que quería volver a verla porque seguía enamorado de ella desde el instituto. No cabía en sí de gozo cuando nos vimos. Me hice el "tonto enamorado". Un "*no he podido olvidarte* "

por aquí y un "*eras la chica más bonita que había visto en mi vida* " por allá, y caíste en mis redes sin resistencia. En retrospectiva, Lucía, te diré que soy incapaz de amar.

Se pensaba que iba a echarle al lazo a uno de los hombres más ricos de por aquí, mientras que yo lo único que quería era darle el rato de su vida. Y te lo di, ¿verdad Lucía? Estuviste muy colaboradora. Lo que más divertido me ha parecido es la forma en la que tonteabas conmigo la primera noche cuando salimos a cenar. Y de ahí, para arriba. No creo que haya vestidos más ajustados ni más cortos que los que tú has usado.

¿Querías seducirme? Tal vez no y soy un puto egocéntrico, tal vez siempre vestías así porque, no nos engañemos, te lo podías permitir con ese cuerpo de escándalo. No lo sé.

Lo que sí sé es que nunca habías sido tan encantadora y cariñosa conmigo.

En mi honor debo decir que he mejorado bastante desde el instituto. Ya no soy aquel chaval un poco gordito y desgarbado que parecía tener chepa de tanto que escondía la cabeza. Cuando me has visto he leído la lujuria en tus ojos. Me he cuidado bastante. Es una de las ventajas que tiene tener pasta, que te pagas un entrenador personal y te pone a tono. Y, en caso de falta de atractivo, que no creo que sea mi caso, eso se cubre con buenos trajes y coches caros.

Soy un depravado, ¿verdad? Parezco un hombre superficial sin un mínimo de sensibilidad. Ya ves, la perdí gracias a todas las maravillosas, educativas y reconfortantes experiencias vividas que me machacaron un día sí y otro también. A continuación vendría la clásica pregunta: el monstruo, ¿nace o se hace? En mi caso, sin lugar a dudas, yo diría que se hace. Se ha ido haciendo a fuego lento, poco a poco. La transformación se produjo casi de manera imperceptible. Ya se sabe lo que dicen, si lanzas una rana a una olla hirviendo, salta

despavorida. Pero, ¿qué sucede si la metes en la olla y vas subiendo poco a poco el fuego? Pues que al final sucumbe y, cuando se da cuenta y quiere salir, ya no tiene escapatoria porque es demasiado tarde. Así lo hice contigo. Le he dedicado tiempo. Te lo merecías. Necesitaba leer en ti lo mismo que yo sentí en su momento. He sido encantador, arrebatador. Te he engatusado, mientras iba tendiendo poco a poco la trampa. Ni siquiera hubiera sido necesaria la droga cuando decidí que era el momento, pero no quería arriesgarme a perder el control.

Me estoy desviando del tema. Lo que quiero contar es otra cosa. Te dije que estaba casado y, por supuesto, te mentí. Era lógico que no estuvieras enterada de ello, debido a que he sido muy cauteloso con mi vida privada en todo momento. Era una mentira podrida, una manzana envenenada. También te dije que debíamos llevar lo nuestro en secreto. Te dije que no había conseguido olvidarte y por ello estaba ante ti suplicándote una oportunidad de pasar tiempo juntos. Si la cosa salía bien, dejaría a mi mujer.

Accediste encantada y te pareció que la situación tenía un morbo especial. Seguro que se te pasó por la cabeza que, con el tiempo, podrías sacar tajada de esto. O bien dejaba realmente a mi mujer o me chantajebas con contárselo. ¿Contárselo a quién? No hay señora de Ramírez, nunca la hubo y nunca la habrá. Perdí la fe en el amor hace mucho.

Pero eso creo que ya lo he dicho.

Sin embargo, estoy casi convencido de que realmente llegaste a enamorarte de mí, un poco al menos. Tal vez no de mi persona, pero sí de mi estatus, de los lujos y excesos, de la vida que podrías llevar a mi lado. Me idealizaste por un instante, viste en mí un príncipe azul de carne y hueso. Supongo que imaginaste que, cualquier día, acabaría dejando a mi esposa de mentira y te pondría delante un anillo para pedir tu mano. Al final, pobre de ti, yo no te regalé ningún anillo pero sí me llevé uno de recuerdo con una preciosa esmeralda, como el color de tus ojos. Aunque, en el fondo, seguro que seguías pensando que era el pobre chaval marginado que bebía los vientos por ti y sentías que hacías una obra de caridad haciéndome caso. ¿Qué más da ya todo eso? Simplemente, has dejado de existir. Eres pasado. Un error de medida menos.

CAPÍTULO 10: PEDRO GONZÁLEZ

- Jefe, hay una mujer en la sala de espera que quiere hablar con usted.

- ¿Te ha dicho quién es y para qué quiere verme?

- No, no me lo ha dicho.

- ¿Se lo has preguntado?

- Sí, más o menos.

- ¿Más o menos? ¿Qué significa eso?

- Lo siento, señor. Lo único que puedo decirle es que insiste en que su madre fue asesinada pero los sanitarios no la hicieron caso.

- Intenta disuadirla en la medida de lo posible, porque estamos hasta arriba de trabajo como para atender peticiones infundadas. No tengo tiempo para esto ahora mismo. Si no está de acuerdo, dile que presente una denuncia formalmente.

- Ya lo he hecho, inspector. Pero dice que quiere hablar con usted porque conocía a su madre.

- ¿Que yo la conocía?

- Eso dice, señor.

- Pues me extraña, porque, que yo sepa, no ha muerto recientemente ninguna persona cercana. Así que dudo que la conociera mucho.

El agente permaneció mirando a su jefe durante un rato esperando instrucciones acerca de cómo proceder. Aunque él no lo supiera, el inspector podía resultar a veces un tanto intimidante para sus subalternos. No es que lo hiciera a propósito, puesto que era un buen jefe y buen compañero. No obstante, era un hombre bastante serio y con una mirada penetrante e inquisitiva.

- ¿Y no te ha dicho quién es?

- No, ya se lo he dicho, señor.

- De acuerdo, García, déjala pasar. Espero no arrepentirme.

El inspector González llevaba cerca de un año al cargo del departamento de homicidios de la comisaría central. Era un hombre trabajador y organizado al que le gustaba tener todo bajo control, aunque costaba discernir si era defecto profesional o idiosincrasia personal.

No le había resultado fácil llegar donde estaba. Había sido un luchador desde que era un niño. Buen estudiante la mayor parte de su infancia, aunque durante la adolescencia perdió su camino, lo que le llevó a graduarse más tarde y a no estudiar una carrera tal y como a sus padres les habría gustado hasta varios años después. No había sido una buena época para él. No tenía muchos amigos y de vez en cuando se metían con él. Únicamente había un chaval con el que realmente solía entenderse, pero con el tiempo se volvió más taciturno y se aisló de todo lo que le rodeaba. Así que sintió que se había quedado sólo. El desánimo y las burlas de los compañeros, consiguieron que poco a poco empezara a abandonar sus responsabilidades escolares. Cuando pensaba en ello, lo cual no era frecuente, no sabía si lo había hecho tal vez por intentar integrarse en el grupo de los chicos que precisamente se metían con él, como una extravagante estrategia defensiva quizás.

Fuera como fuera, cuando recobró la sensatez, entendió que debía arreglar los errores cometidos en el pasado si quería ser algo en la vida. Y desde hacía mucho tiempo sabía a qué le gustaría dedicarse, una de las pocas cosas que había sabido con certeza desde muy niño, cuando fantaseaba con ser poli y detener a toda la gente mala que se empeñaba en hacer daño a otros porque sí, tal y como le había sucedido a él. Por lo tanto, tuvo que recuperar el tiempo perdido por las locuras y la insensatez de la juventud a base de esfuerzo y a los 25 años cursó el acceso a la universidad y estudió criminalística. Mientras estudiaba la carrera, opositó para el Cuerpo Nacional de Policía y no había parado de progresar en su formación y carrera desde que la claridad de mente había hecho aparición en su vida otra vez.

Era bastante joven para el cargo que ocupaba en aquel momento, pues no llegaba a los 40 años, aunque le faltaban sólo unos pocos meses para cambiar el prefijo por el 4. Se había casado un par de años antes con una compañera de comisaría, con quien tenía un bebé de apenas 3 meses. Las noches estaban siendo duras, puesto que se despertaba varias veces sin lograr conciliar un sueño continuado y reparador. No sabían muy bien de quién habría heredado la criatura tales pulmones, pero en cuanto empezaba a llorar, era capaz de despertar a todo el vecindario.

El inspector Pedro González se sentía espeso y poco resolutivo desde que naciera su hijo. Le frustraba mucho esa sensación, ya que habitualmente era alguien eficaz y rápido en sus decisiones. Era capaz de encontrar conexiones donde parecía inimaginable que existiesen, algo que no paraba de sorprender a sus compañeros. No obstante, la falta de sueño lo tenía aletargado y abotargado también. O, al menos, esa era la sensación que él tenía, ya que el resto no lo percibían así.

Parecía que los pensamientos e ideas se amontonaban en su cabeza sin que pudiera darles salida.

Quizás era simplemente que se autoexigía demasiado.

Por suerte, no habían tenido casos excesivamente complicados en los últimos tiempos, con lo que confiaba en que su falta de agudeza continuase pasando desapercibida ante sus compañeros. No se podía negar a sí mismo que, pese a su edad, seguía importándole notablemente lo que pensaran los demás de él, como si fuera un efecto secundario que arrastrase de la adolescencia. Esto hacía que se esforzase al máximo en cada caso, para completar su autoestima y lograr el reconocimiento ajeno.

Sin embargo, no tener casos complicados no era precisamente sinónimo de falta de trabajo, puesto que éste no paraba de crecer en todos los departamentos, a los que echaban una mano cuando no había homicidios por resolver.

Esa buena voluntad de ayuda se había tornado en una trampa en los últimos tiempos, puesto que lo que había comenzado como una colaboración generosa, había acabado por convertirse en una obligación, tal y como suele suceder en distintos ámbitos de la vida. Casi anhelaba que volvieran los tiempos en los que había casos complejos que ocupaban toda su atención y recursos personales para tener un excusa ante los demás departamentos que solicitaban su colaboración.

En ocasiones, lo que consciente o inconscientemente deseamos, se convierte en una insospechada y estrafalaria realidad.

CAPÍTULO 11: EL ORIENTADOR DEL

INSTITUTO

Es pura contradicción que algo que disfrutes haciendo pueda provocarte tanto estrés. Tal vez lo que me provoca estrés no sea este hacer justicia, sino tener que compaginarlo con una vida laboral tan activa y exigente como la que llevo. Debo reconocer mis límites y elegir. Estoy planteándome seriamente cogerme unas vacaciones en el trabajo o una excedencia hasta que termine lo que tengo entre manos.

Me preocupa que la gente de la oficina empiece a sospechar algo. Tal vez sea pura paranoia, pero quizás no me comporto exactamente como siempre sin que yo sea consciente y la gente puede empezar a hacerse preguntas. No duermo demasiado y eso se nota, aunque es inevitable porque necesito ese tiempo nocturno para eliminar rastros y limpiarlo todo. Además, no dormir puede conducirme a errores. Mientras decido qué hacer, será mejor que me centre en mi siguiente caso. Eso, al menos, es algo que me satisface.

Un profesor está para dar clase, es decir, explicar las lecciones, supuestamente para resolver dudas y bla bla bla. Básicamente, aburre a sus alumnos sin fin o, al menos, esa es mi opinión basada en mis años escolares. Lo que quiero decir es que, cabe la posibilidad, de que más de uno considere que su labor no es la de educar con todas las letras, es decir, transmitir valores y formar personas íntegramente y toda esa mierda, sino sólo la de instruir y vomitar una serie de conceptos y teorías, lo cual podría ser una justificación, aunque un tanto pobre, para aquellos que realmente no se preocupan de sus alumnos, ni para bien ni para mal porque sospecho que no tienen la más mínima vocación.

No obstante, se supone que los orientadores están para ayudar a los niños, ¿o me equivoco? Es decir, esa es su función fundamental, a no ser que yo haya entendido todo al revés. Son o deberían ser psicólogos, con lo que implica eso en cuanto al cuidado de la salud mental de alguien, ¿no? Tal vez no, no lo sé. Pero, si no es así, si no están para ayudar a aquellos que tienen problemas que no pueden resolver por sí mismos, no comprendo qué pintan. Claro, que yo hablo desde el rencor y tal vez eso nuble mi juicio en cierta medida.

Yo acudí a pedir ayuda al orientador del instituto cuando la asistencia a clase se había convertido en tal tortura que no podía soportarlo más. En el colegio ni me lo planteé, puesto que ni siquiera sabía que existían. Honestamente, en el colegio ni siquiera me volví a plantear

pedir ayuda, ya que comprobé una y otra vez que ningún

adulto allí se preocupaba por mi bienestar o era lo suficientemente diligente para solucionar las cosas en lugar de estropearlas más. Simplemente tenía la impresión de que no me prestaban atención. Era un alumno que no hacía ruido, que no molestaba, que hacía sus tareas y que era buen estudiante. Procuraba sentarme en un rincón de la clase para pasar desapercibido, para que los "matones" de turno no se fijaran en mí.

Quería hacerme invisible ante ellos y, sin embargo, conseguí ser invisible ante los profesores, y eso que mis notas eran extraordinarias. Siento como la rabia llena mi torrente sanguíneo al recordar aquella época.

Tal y como estaba diciendo, acudí a hablar con el orientador del instituto. Era mi penúltimo recurso. Supuse que me escucharía y que él sí comprendería que necesitaba protección. Le abrí mi corazón. Le conté lo que me estaba sucediendo. Pedí su colaboración, su consejo, su ayuda. Y me dio la espalda. Se lavó las manos. Y se quedó tan ancho. Hasta ahora. Veinticinco años después, por fin a este "cerdo" le va a llegar su San Martín.

En esta vida todo se paga. Es lo que se suele decir. Supongo que algún día yo pagaré también por mis crímenes, pero es un peaje que será irrelevante si logro cumplir mi cometido. No espero que la sociedad comprenda mi idea de justicia. Supongo que sería casi una hipocresía. En cualquier caso, tampoco estoy pidiendo la opinión de nadie. Pero voy a lograr que presten atención, eso seguro. Tal vez sirva para que aquellos que hacen la vista gorda ante los problemas ajenos se pongan por fin manos a la obra y empiecen a ayudar. Puede que salga algo grande de esto, una conciencia ciudadana unida para que no vuelva a haber un niño desprotegido que años después busque su redención.

Cuando yo iba al instituto, él era un hombre bastante joven, o eso me parecía a mí.

Quizás por ello creí que sería más fácil contarle las cosas, que alguien no tan mayor podría ponerse fácilmente en mi lugar. No obstante, tantos años después, es posible que ya esté próximo a jubilarse. He pensado ofrecerle un trabajo en mi empresa como asesor externo, un trabajo ficticio obviamente. Al fin y al cabo, cada vez está más de moda contratar psicólogos en las empresas, así que puede que no suene tan descabellado que quiero contar con sus servicios cuando le presente la oferta. Es más, si algo he aprendido en estos años es que la

codicia y la avaricia están en nuestro ADN, así que, si mantiene alguna reserva al respecto, no habrá nada más eficaz que enseñarle cualquier cifra seguida de ceros. Es algo que nunca falla. La táctica infalible más simple jamás escrita.

Por lo que he empezado a investigar, este caso me a va a resultar algo más complicado puesto que Óscar Fernández, el nombre del susodicho, tiene familia. Lo

cual, es un lastre importante y una pega considerable. Esta vez atar todos los cabos se me antoja bastante más complejo. La pregunta es, ¿subo a todos en la barca de Caronte o dejo en tierra a su mujer y a su hijo? Al fin y al cabo, ellos no me han hecho nada.

Cruzar esa línea sería peligroso, pues los límites desaparecerían y podría entrar en una espiral de violencia sin fin. No es que a estas alturas esté demasiado preocupado por ello, pero honestamente prefiero ceñirme al plan de eliminar estrictamente a los que están en mi lista, sin daños colaterales.

No obstante, tengo que ser consciente de los riesgos. En primer lugar, es probable que desde el primer encuentro que tenga con él y le proponga el puesto de asesor, se lo comente a su mujer. Esto provocaría que, cuando desaparezca del mapa, la policía venga a hablar conmigo. Es casi un hecho. Así que, en esta ocasión voy a necesitar coartada, además de pensar en algún tipo de contrato de confidencialidad. Tendré que quedar con él en un lugar en el que me conozcan para que recuerden haberme visto con él. Tal vez un restaurante, como el Plaza, donde voy a menudo a comer con clientes.

Puedo llevarle allí varios días para que les suene su cara y puedan asegurar que estuvo allí. Y, cuando esté todo preparado, en medio de una comida pongo una excusa y me ausento por un supuesto asunto urgente, dejándole allí sólo degustando una maravillosa comida que yo no habré tenido tiempo de terminar. Me aseguraré que el maître sepa que me voy y los motivos por los que debo marcharme. Y dejaré una suculenta propina, para fijar el recuerdo en su memoria. De este modo, podrá declarar que yo abandoné el local mucho antes de que él se fuera sin lugar a dudas.

Empezaré el acercamiento el próximo lunes. Es la última semana antes de las vacaciones, así que eso me dará cierto margen para evitar que se genere mayor revuelo hasta que se den cuenta de que falta al trabajo. Además, tal vez pueda dejar algunas pruebas que le vinculen con algún tipo de estafa o fraude, de tal forma que quizás la policía no

de credibilidad total a la más que probable denuncia por desaparición que pueda poner su familia. El objetivo es que crean, aunque sea sólo por un tiempo, que se ha fugado con pasta y por voluntad propia a un lugar donde nadie quiere que lo encuentren. Debo jugar bien mis cartas.

A veces me sorprendo por las habilidades que he desarrollado en los últimos años.

Cuando era un crío, después de todo el rechazo e, incluso, las vejaciones vividas, me daba miedo en muchas ocasiones hablar con otro compañero. Era todo un suplicio. Me sentía tan inseguro, tan inferior. Así que rehuía el contacto con los demás. Si mi madre me mandaba a ir a comprar pan o algo al supermercado, algo tan sencillo y simple, un sudor frío me recorría la espalda y ponía mil excusas, como si esperase que el dependiente fuera a tratarme mal o a reírse o burlarse de mí. Tal vez sufría algún tipo de ansiedad social que, milagrosamente, he conseguido superar con el tiempo.

Ahora, por el contrario, me resulta algo sencillo y me sigue alucinando con que facilidad consigo convencer a los demás para que hagan lo que yo quiero. Cuando sientes seguridad en ti mismo, todo es posible. Cuando te convences de que eres capaz de hacer cosas, que tus objetivos y logros dependen de ti, se abre un mundo de posibilidades. Y, sobre todo, cuando te desprendes de la enfermiza preocupación por el qué dirán, te liberas de tal forma que se abre un mundo de posibilidades.

Sospecho que hubo algún momento en el que sencillamente descubrí que todos arrastramos algún tipo de miedo que nos atenaza, que nos mantiene cautivos y nos impide progresar a nuestro propio ritmo. Cada uno trata de ocultarlo como puede.

Algunos lo enmascaran amedrentando a los demás y otros se esconden y lo esconden lo mejor que pueden porque saben que es lo que los hace vulnerables. Yo tenía miedo, mucho y muchos miedos. Vivía aterrorizado con cada nuevo día que amanecía. Ahora se ha disipado y me siento invencible.

CAPÍTULO 12: HECHOS

El inspector había comenzado a investigar la muerte de doña Purificación Salmaniego. No acababa de tener claro si lo había hecho por alejar a las pirañas que trataban de involucrarle en mil asuntos o porque había creído a la hija de la difunta.

Convencer al comisario había sido algo complicado, puesto que no acababa de entender porque se empeñaba en investigar una muerte que los sanitarios certificaban como natural. Además, podía complicar la relación con los servicios de salud, pues cabía la posibilidad de provocar cierta desconfianza en ellos si sobreentendían que la policía no se fiaba de su criterio profesional, lo cual no era bueno para el negocio, como se suele decir.

Estos acontecimientos habían retrasado el inicio de las pesquisas, aunque tampoco es que le preocupase demasiado. Se dirigió al hospital para intentar localizar a los sanitarios que habían levantado el cadáver de la anciana. Por suerte para él, acababan de llegar para empezar su turno. Ambos eran caras más que conocidas para él.

- ¿Qué pasa chicos? ¿Cómo estáis?

- Bien, comenzando el turno. Nos han dicho que querías hablar con nosotros en relación a una mujer muerta que encontramos en su casa la semana pasada. No tenemos mucho que contarte, la verdad. Pero ya sabes que si podemos ayudarte en algo, estaremos encantados - contestó David, el más joven de los dos.

- Siento molestaros para esto, debéis creerme. Pero es que se presentó la hija en comisaría jurando y perjurando que habían asesinado a su madre. No le habría hecho demasiado caso, si no fuera porque la anciana fue profesora mía en el colegio. No sé, siento como que le debo algo o yo que sé.

- Ay Pedrito, creo que te estás volviendo un blando desde que nació el pequeñajo -

señaló Chema entre risas.

- Debe ser eso, que te voy a contar a ti que tienes cinco. ¿Cómo lo hacéis, por cierto?

Porque yo estoy a punto de perder la cabeza.

- ¡Ja ja ja! ¡Ay, Pedro, eres un blandengue! No es para tanto, hombre. Lo que es verdad es que los críos te cambian la vida y la forma de ver las cosas, macho. Y tú acabas de estrenarte, así que ya te darás cuenta con el tiempo.

- Bueno, ¿qué podéis contarme de la fallecida?

- Poca cosa, cuando llegamos llevaba un buen rato muerta. Nos avisó

la hija que fue a su casa después de llamarla por teléfono varias veces y que no respondiera. Se alarmó y con razón. Ella insiste que estaba muy sana, salvo un problema cardíaco que estaba bajo control, y que se había realizado un chequeo médico completo la semana anterior y que estaba perfectamente. No obstante, le falló el corazón, lo previsible. Un infarto. No pudimos hacer nada por ella.

- ¿Había signos de violencia o algo?

- Nada de nada. La hija decía que su madre no solía beber nada y que había una copa de vino sobre la mesa. Insistía que había habido allí alguien con ella y le habría hecho beber. Decía que debíamos llevarnos la copa y analizar el contenido y las huellas y no sé que más. De locos, vamos. Se ve que la pobre vieja bebía a escondidas de su hija.

Tampoco se le puede reprochar. Un poquito de vino no le amarga a nadie, ¿no?

- Desde luego. En fin. Pasaré por su edificio por si alguien vio algo, echaré un vistazo en su apartamento y cerraré el caso. Agradezco mucho vuestra ayuda.

- De nada, hombre. Un placer.

- Espero que tengáis un día tranquilo.

- Lo mismo para ti, aunque en este trabajo y en el tuyo un día tranquilo es algo raro, casi diría que anecdótico.

La pura realidad es que los hechos no indicaban nada fuera de lugar. Decidió que hablaría con la hija y recogería la copa para analizarla, aunque sospechaba que no iba a encontrar nada relevante. Era comprensible que la hija no quisiera dar crédito a lo que había sucedido. Estaba en pleno duelo y quería buscar una justificación que le ayudase a entender la muerte de su madre. Siempre es duro, especialmente cuando es inesperada y, tal y como había comprobado, era cierto que Doña Pura tenía un buen estado de salud para su edad. No tenía enfermedades graves, salvo lo ya comentado del corazón, así como el colesterol un poco elevado y artrosis en las muñecas.

Por otra parte, no había ningún signo de lucha ni de que hubieran forzado la entrada, por lo que, si verdaderamente no había sido una muerte natural, debía conocer a su asesino para haberle dejado entrar.

Necesitaba hechos y precisamente los hechos eran los que le indicaban

que había sido una muerte natural. La posibilidad de analizar el cuerpo en toxicología había desaparecido, puesto que la ley indica que, si no hay indicios de muerte violenta, debe

recibir sepultura o ser incinerado. No tenía nada. No había hechos que sostuvieran las sospechas de la hija. No existía duda razonable. Hasta que, pasado un tiempo, sucedió algo inesperado.

CAPÍTULO 13: COARTADA

Le Maison. Ese fue el restaurante elegido finalmente. También suelo llevar allí a algunos clientes y se encuentra en una zona menos concurrida, lo que es un punto más a tener en cuenta para lo que he pensado llevar a cabo. Se come de miedo, por cierto, aunque no es para todos los bolsillos. Iba a decir que se come de muerte, pero me ha parecido un pelín macabra la expresión, así que “de miedo” creo que es más adecuada.

Está situado en una zona preciosa de la ciudad, aunque tampoco daré más detalles puesto que ya es una pista demasiado evidente dejar por escrito el nombre del restaurante. ¿O tal vez no? Quizás no sea más que una treta infantil para despistar. Eso no es lo importante. Al menos, no es lo importante para mí.

En cualquier caso, siempre podré darle a la familia el consuelo de haber mimado a su marido antes de enviarle al valle de las lágrimas. Seguro que con su sueldo de empleado público no podía darse este tipo de alegrías. Espero que comprendan que si no les he invitado ha sido por su bien.

Todo ha salido según lo planeado. Esto cada vez me resulta más sencillo. Incluso la parte en la que le exigía confidencialidad hasta que estuviera firmado el acuerdo. Le hice firmar un documento en el que, antes de continuar hablando de las condiciones, debía comprometerse a no revelar nuestras conversaciones ni, por supuesto, mis datos a nadie, incluida su esposa y familia más cercana pues, si descubría que lo había hecho, se disolvería cualquier posibilidad de trabajar conmigo. Estuvo dispuesto a hacerlo sin reservas. No se imaginaba que alguien tan honorable como yo, que se dedica a incentivar la investigación y diseños de nuevos dispositivos que puedan salvar vidas humanas y que financia distintos fines y campañas humanitarias, pudiese hacerle el menor daño. No voy a tildarle de ingenuo porque no sería del todo justo.

Le pedí a mi secretaria que me echase un cable con un asunto y me

llamase a eso de las cuatro para que me sirviera de excusa. Le dije que tenía una cita con una ex novia a la que no me apetecía mucho ver, pero que tenía que acudir por compromiso.

Necesitaba su discreción y le mostré mi total confianza en ella. Sabía que no iba a fallarme y a las cuatro en punto sonó mi teléfono. Desde luego, no se puede cuestionar su eficiencia.

Abandoné el restaurante con suficientes testigos que pueden confirmarlo, generosa e inolvidable propina para que cuidasen bien de mi amigo señalando bien claro, además, la hora a la que me iba, ya que me esperaban en la otra punta de la ciudad en unos 40 minutos. El aparca coches también me recordará recogiendo mi coche y saliendo de allí quemando rueda. Había que dejar huellas de memoria indelebles para que pudiesen ser rescatadas fácilmente si la policía llegaba hasta mí y empezaba a comprobar mis movimientos.

Estuve esperando pacientemente a que Óscar saliese del restaurante, vigilando desde un lugar semi escondido. Había ido hasta allí en mi coche, pues le recogí a la salida del instituto, así que, o pedía un taxi, o caminaba hasta el transporte público más cercano. Observé hacia donde se dirigía y le recogí de nuevo con mi coche a unos 200

metros del local. Improbable que alguien nos viera, pues a esas horas no suele estar la calle abarrotada.

Dos pitidos suaves del claxon y bajo la ventanilla disculpándome como si verdaderamente me importase el desplante que le había hecho.

- ¡Óscar! Menos mal que te he visto. Ha vuelto por si aún estabas en el restaurante.

Vamos sube hombre.

Le muestro una sonrisa lo más sincera que puedo ya que, para ser honestos, me alegro de volverle a ver y que las cosas salgan tal y como había planeado. Subió al coche confiado, como quien viaja con un amigo. Sereno, tranquilo. Se sentía tan seguro compartiendo coche con su verdugo que casi hace que sienta lástima por él.

- Pensaba que tenías que irte - dijo con una mínima duda.

- ¡Va! Falsa alarma. Parece que les entra el pánico cuando no me ven en la oficina. Me ha llamado mi secretaria cuando estaba de camino para decirme que ya lo habían solucionado. Por suerte, he llegado a tiempo. De verdad, que no quería dejar asuntos pendientes y creo que

ahora tendremos tiempo de sobra sin la menor interrupción.

Abróchate el cinturón porque la acción está a punto de empezar.

Su cara es un interrogante porque no tiene ni la menor idea de a qué me estoy refiriendo con esa expresión. Me dan ganas de soltar una sonora carcajada, pero no me apetece que se ponga nervioso antes de tiempo y empiece a montar el espectáculo dentro del coche, porque estamos aún en la ciudad y alguien podría ver a un hombre aterrorizado en el interior de un vehículo que, además, va a gran velocidad.

Cierro los pestillos y te llevo por la autopista de tu último viaje, uno oscuro que no tiene retorno. Con el bonito bolígrafo que llevabas en el bolsillo de tu americana escribo estas líneas en tu honor. Gracias por el regalo.

CAPÍTULO 14: UNA DENUNCIA

Habían pasado más de dos semanas desde que el inspector González le comunicara a la hija de Doña Pura que no podía seguir investigando el caso de su madre porque no existían evidencias que indicaran que hubiera sido un homicidio en lugar de una muerte natural, cuando hubo una mujer que denunció la desaparición de una amiga suya. Casualmente Pedro estaba por allí cuando Rocío se encontraba poniendo la denuncia en el mostrador de entrada de la Comisaría.

- No me lo puedo creer, ¿Rocío? ¿Rocío Hernández? ¿Eres tú?

La mujer se giró con cierto recelo. Tenía 39 años, aunque aparentaba más. La vida no parecía haberla tratado demasiado bien pero, aún así, Pedro no dudó de quién era, pues habían realizado toda la educación obligatoria juntos, aunque de eso hacía ya mucho tiempo. No obstante, había algo que no había cambiado, su forma de posicionarse en el mundo, con los hombros escondidos, como si tuviera que pedir permiso incluso para respirar. Su forma de andar y de moverse, sus gestos, esos pequeñas señas de identidad que todos tenemos en alguna medida. A veces es algo imperceptible, incluso el sonido de nuestras pisadas nos diferencia de los otros. El envoltorio había cambiado, más envejecido, más apagado si cabe. Pero había algo que le decía que sus ojos podrían quizás intentar engañarle, pero la persona que estaba delante de él era quien pensaba sin lugar a dudas.

- Disculpe, pero creo que no le conozco - dijo verdaderamente compungida.

- Claro que sí, mujer. Soy Pedro González, Pedrito, del colegio. En el instituto también íbamos a la misma clase, aunque no nos movíamos en los mismos grupos. Tienes que recordarme.

- ¡Ah, sí! Pedro. Disculpa, no te había reconocido. Tengo la cabeza en otra parte. ¿Cómo estás?

- Bien, no me puedo quejar. ¿Y tú?

- Bueno, no sé ni que responder a esa pregunta. La vida puede ser difícil, en ocasiones.

- Sí, eso es verdad. ¿Qué te trae por aquí? - contestó, sin darle más pie a una conversación posiblemente deprimente.

- He venido porque hace dos días que no localizo a Lucía y es muy raro porque hablamos prácticamente a diario. Seguimos siendo buenas amigas, ¿sabes? Quedamos a tomar café con frecuencia, hacemos algún viaje juntas cada año. Estoy muy preocupada porque no sé nada de ella, no responde mis llamadas ni mensajes. Nada - aseveró con un tono que verdaderamente reflejaba inquietud y desasosiego.

- De acuerdo, pásate a mi despacho y hablamos con calma. Agente, no se preocupe, me encargo yo de esto.

Fueron a su despacho. La mujer, en lugar de sentarse en la butaca, pareció derrumbarse. Su rostro evidenciaba la preocupación que había comentado, las arrugas de su frente, la mirada inquieta y triste a la vez, el mohín de su boca.

- Bien, Rocío, cuéntamelo todo.

- No sé si recuerdas a Lucía. Ella también venía con nosotros a clase.

- Sí, claro que me acuerdo. Estábamos la mitad de los chicos locos por ella - respondió el inspector con un tono amigable y una media sonrisa, como para intentar relajar un poco el ambiente.

- Sí, era una niña preciosa. Y, para ser sincera, aunque la envidie, debo decir que sigue siéndolo. El caso es que me dijo que últimamente había empezado a salir con un empresario de mucho éxito, pero que no podía darme más datos porque estaba casado y no quería que se supiese nada de momento. Dijo que cuando me enterase iba a alucinar, pues no podía ni imaginarme quién era. Supongo que debe ser alguien importante de verdad, porque además no me desveló ni un detalle, tal vez por miedo a que me fuera de la lengua o algo, qué se

yo. Da igual. La verdad es que estaba muy ilusionada. La otra noche se fue a cenar con él a su casa y no he vuelto a saber nada de ella. Estoy muy preocupada, la verdad. Creo o, mejor dicho, presiento que le ha pasado algo malo.

- Vale, Rocío. Lo primero de todo, quiero que te tranquilices porque habitualmente las cosas tienen una explicación sencilla que nada tiene que ver con lo que nos imaginamos.

Tal vez le hubiera organizado una escapada romántica y están en un lugar apartado o, simplemente, no está pendiente del teléfono. Lo segundo -continuó hablando el inspector, levantando la mano para no dejarla hablar viendo que se mostraba inquieta y que posiblemente iba a interrumpirle-, te aseguro que me voy a encargar del asunto yo mismo, así que lo voy a resolver y, en cuanto sepa algo, te llamo para comentártelo. ¿De acuerdo?

- De acuerdo, pero te pido que por favor cumplas lo que dices, porque tengo un mal presentimiento.

- Te doy mi palabra. ¿Me crees?

- Claro - contestó con poca firmeza.

- Espero que no lo dudes. ¿Te han tomado ya nota de los datos de contacto?

- Sí, los tiene el joven agente de la entrada.

- De acuerdo, pues vete a casa y trata de distraerte, ¿vale? No lo voy a dejar correr. Te aseguro que me tomo muy en serio mi trabajo.

- Por favor, Pedro, tienes que encontrarla. No sabes lo importante que es Lucía para mí.

Ha estado siempre ahí en los malos momentos. Es una buena persona, no se merece que le pase nada malo.

- Créeme, Rocío, voy a hacer todo lo que esté en mi mano. Te llamaré en cuanto sepa algo, de verdad. Y no tiene por qué haberle pasado nada malo, ¿de acuerdo? A veces, la explicación más sencilla es la última que pensamos y nos preocupamos por cosas que no llegan a suceder nunca. Así que hazme el favor de no darle demasiadas vueltas hasta ver qué pasa en realidad.

El inspector González acompañó a la mujer hasta la entrada y volvió a

su despacho.

Podía ser una casualidad pero, la verdad es que no podía negar que había algo sospechoso en todo aquello. Un fallecimiento repentino y una posible desaparición de dos personas que conocía de su etapa de la infancia. Dos pueden ser casualidad, pero tres serían ya un más que probable patrón.

De momento, no podía precipitarse en sacar conclusiones porque de la defunción de Doña Pura no había averiguado nada que indicase sospecha alguna de una muerte que no fuera natural. Bien es cierto que no había podido conseguir un informe de toxicología, pero no eran más que elucubraciones. Si aparecía alguien más relacionado con su etapa escolar que, o hubiera muerto o desaparecido en los últimas semanas, ya no habría apenas cabida para albergar dudas. No obstante, después de las sospechas de la hija de la maestra, algo le decía que estaba ocurriendo algo que debían investigar. Tal vez eran simples paranoias o el tipo de intuición que en otras ocasiones le había llevado a resolver casos complejos.

CAPÍTULO 15: LA DIRECTORA DEL

INSTITUTO

Corrían rumores de que la directora del instituto al que acudí no estaba bien de la cabeza. No sé, supongo que entre los chavales los rumores se crean y se extienden con suma facilidad y, desde el punto de vista adolescente, cualquier adulto está mal de la chaveta. Los puntos de vista son tan diferentes y contrapuestos en ocasiones, que cuando navegas por las turbulentas aguas de la adolescencia, todo lo que no encaja dentro de lo que piensas es una sinrazón que no tiene ni pies ni cabeza.

Yo no puedo asegurar ni desmentir si estaba o no en sus cabales. Sin embargo, sí puedo aseverar que era una bruja sin corazón. En este caso, fue su hijo el que me hizo la vida imposible cuando empecé la Educación Secundaria. Damián era el típico chico popular que lo tiene todo, incluso hasta la protección incondicional de su madre desde su todopoderosa condición de directora. Tal vez debería haber ido a por Damián primero. Tal vez el orden que he elegido no sea el más correcto. Sin embargo, creo que como adulta, es la que primero tiene que pagar por lo que hizo, porque ella sí sabía que actuaba de manera injusta de forma deliberada. No es que Damián no lo supiera pero, si algo le disculpa, es que era un adolescente como yo. En cualquier caso, me dolió y me sigue doliendo aún hoy más la injusticia deliberada cometida por una persona adulta que se suponía que debía ser imparcial y tratar a todos los alumnos por igual, sin preferencias ni favoritismos.

Por aquella época había una chica con la que creí que había entablado cierta amistad. No es que quedásemos con frecuencia fuera del instituto, porque eso ocurrió nada más en un par de ocasiones, pero sí que hablaba conmigo alguna vez en los recreos. Estuvimos sentados en clase juntos durante un trimestre entero y fue muy agradable, hasta que Damián se metió entre nosotros y decidió que yo sobraba y que ella no debía hablar conmigo.

No le fue suficiente aislarme del único vínculo que tenía en aquel momento, sino que además decidió convertirme en el objetivo de las burlas de la clase. Los profesores tenían miedo de reprenderle por ser hijo de quien era, así que le daban como mucho una leve amonestación o reprimenda, lo dejaban estar. Intenté hacer algo por mí mismo y le escribí una carta a la directora pidiéndole que hiciera algo, que me ayudase, que hablase con su hijo.

¿Qué crees que sucedió, querido lector de mis trágicas y funestas memorias? ¿Crees que me ayudó y utilizó inteligentemente la información para ayudar a cambiar el comportamiento de su hijo, enseñándole a él y, de paso, a mí y al resto de los alumnos una importante lección de vida? ¿Crees que aprovechó la circunstancia para hacer prevalecer la justicia y ayudar a todos los estudiantes del instituto a aprender que las malas acciones se pagan y que debemos formar una comunidad en la que todos nos ayudamos y protegemos para hacer que el bien prevalezca?

No. Claro que no. La respuesta es un enorme y rotundo no. Fue una idea terrible y yo fui un tonto y un ingenuo. Las madres parecen ciegas con sus hijos, como si fueran incapaces de realizar ninguna vileza. Se ponen una venda y sólo ven lo que les interesa.

Recuerda que mi madre murió pensando que yo era íntegra y puramente bueno, aunque me esforcé mucho en ocultarle la realidad. Probablamente haya una razón atávica, una forma de culpabilidad encubierta, pues reconocer que tu vástago es cruel y trata a otros como si fueran basura implica que tú le has enseñado a ser así, que has fracasado transmitiéndole los valores que se supone que abandera una buena persona.

Digo yo que como madre o como padre, según el caso, se sienten en cierta medida responsables o culpables porque han fracasado en la crianza de sus hijos. Pero si lo niegan, si rehusan reconocer que ha sucedido, entonces el problema desaparece porque, una vez más, no verlo parece sinónimo de que algo no existe.

Damián era buen deportista, era popular y sacaba buenas notas, así que su hijo era perfecto a sus ojos y a los de otras muchas personas. Era el hijo ideal, el mejor hijo que una persona en su posición podría tener, una forma de darle lecciones a otras familias de cómo debían ser como padres porque su marido y ella habían educado de una forma sobresaliente a su pequeño. Mi madre tampoco era consciente del monstruo en el que me estaba convirtiendo con cada rechazo y abuso. No lo habría ni imaginado. La diferencia es que usted sí lo sabía, era perfectamente consciente y lo pude leer en sus ojos con una claridad absoluta.

Me llamó a su despacho y amenazó con expulsarme del instituto por las injurias que había contado sobre su hijo, el cual estaba presente en dicha reunión. Decía que le había difamado y eso era constitutivo incluso de delito. La sonrisa de suficiencia de Damián me heló la sangre y la crueldad con la que ella me habló me dejó petrificado.

Ahora ya no tendría escapatoria. Había vía libre para todo lo que me quisiera hacer desde ese momento en adelante. Sobra decir que el orientador tampoco me ayudó, ya he hablado de su cobardía y ya le he dado su merecido, así que no vamos a insistir sobre ese tema. Me encontraba a mi suerte en la boca del lobo. Lo único que podía hacer era callar y seguir esforzándome para sobrevivir y sacar las mejores notas de todos, para que no pudieran deshacerse con tanta facilidad del alumno estrella que sacaba

todo dieces, a excepción de Educación Física que, para ser justos, no era lo mío en aquella época.

Mi corazón se agrietó un poco más y mi caparazón se endureció. Estaba solo. Una vez más. Silvia ya no volvió a hablarme, ni siquiera me dio una explicación. Únicamente había un chico con el que de vez en cuando hablaba, aunque ya no quería fiarme de nadie. Tal vez él no me hubiera traicionado. Tal vez podríamos haber sido amigos, porque nos conocíamos desde el colegio y él tampoco parecía tener demasiados amigos.

Pero me negué a darle a nadie más ni la más mínima oportunidad, por mucho que él intentase acercarse a mí en más de una ocasión.

Mi yo presente, el actual al que ya no le queda ni un mínimo de humanidad, es de los que lleva por lema que las afrentas se pagan. Y ésta fue grave y se merece una restitución similar porque trajo consecuencias que perduraron en el tiempo. Así que la elección ha sido acorde a lo padecido.

La cereza del diablo o la baya de la bruja. Con estos peculiares nombres se conocen los frutos tóxicos de la Belladona, los cuales son de lo más apropiado en este caso. Pero no se merece ritual alguno, voy a cortar por lo sano como ella hizo conmigo. Sale a andar por un camino un tanto solitario todos los días al caer la noche. La pillaré desprevenida y la llevaré a rastras hasta mi coche, el cual la conducirá a un viaje con billete cerrado de ida pero no de vuelta que merece como nadie. Pienso observar como muere lentamente, como se le escapa hasta el último hálito de vida mientras traga una a una las bayas de belladona que van a arrancarle hasta el último suspiro. Y mientras tanto, su hijo se preguntará qué ha sido de su madre.

Nunca imaginé que fuera a darme tantos problemas la vieja bruja. Se resistió más de lo que esperaba y me arrepentí al instante de no haberme trabajado el atraerla a la ratonera en lugar de atraparla sin más. Me ha arañado en el cuello como una gata salvaje y al final he

tenido que golpearla con fuerza para poder llevármela. He pecado de exceso de confianza. Hasta ahora todo había ido perfecto, sin fallos, sin rastros.

Ahora tengo una marca que alguien puede preguntarse de dónde ha salido, aunque procuraré disimularlo como pueda.

Al final ha dado igual todo su empeño por aferrarse a la vida, porque he logrado mi propósito y la he llevado a la cabaña en mitad del bosque en la que pasé una noche romántica con Luis, mi primera víctima. Se está convirtiendo en mi lugar de citas habitual, tan lejos de todo, tan oculta, tan recóndita.

Al final no he podido ceder al desasosiego ni a las prisas. Verla ingerir las bayas ya no era suficiente. No he podido esperar. Y tampoco quería cederle el privilegio de dedicarle mi valioso tiempo. Lo he hecho con mis propias manos y la sensación ha sido gloriosa. Me he sentido con el poder divino de quitar una vida simplemente con mis manos y he percibido claramente como mi corazón se helaba aún más, como si mi humanidad se desvaneciera como la bruma de la niebla al salir el sol.

Noto como algo nuevo se ha despertado en mí, una violencia inusitada, una furia que me domina. Noto como la impaciencia se apodera de mi voluntad. Ya no quiero darme treguas, no quiero esperar, aunque tomar precauciones sea lo verdaderamente inteligente. Quiero ir a por mi siguiente víctima sin descanso. Siento un hambre voraz.

Tengo que terminar esto, cerrar este capítulo y volver a mi vida tal y como era. ¿Seré capaz de dormir otra vez a la bestia? Tengo mis dudas, pero ahora no es momento de pensar en ello. Voy a por el siguiente de mi lista.

CAPÍTULO 16: INVISIBILIDAD

La cabeza del inspector Pedro González era un hervidero. Ese pálpito que no cesa, que le abrasa, aunque sabe que no es cien por cien fiable. Ya le falló en alguna ocasión, a pesar de que no es lo habitual. Sin embargo, los errores se pagan caros. Uno no puede dejarse llevar sólo por corazonadas. Pero aún así, su mente no para de mantenerle alerta: “Ahora sí, parece haber un patrón, aunque no conviene dejarse llevar simplemente por la intuición. Puede haber explicaciones perfectamente plausibles para las desapariciones que se están sucediendo. Hay que mantener todas las vías abiertas. Y, por encima

de todo, hay que encontrar evidencias".

Esta vez había sido la mujer del que fuera el orientador del instituto de Educación Secundaria, el mismo al que acudía el inspector González cuando era un adolescente problemático, la que había denunciado la repentina desaparición de su marido. Hacía dos días que no sabía nada de él. Intentó denunciarlo la primera noche que no fue a casa, pero, según comentaba la esposa en la declaración, le recomendaron que esperase 48 horas. Tal vez fuera demasiado tarde.

Sin embargo, según las primeras pesquisas, hubo movimientos bancarios fuera de lo común en esas 48 horas. Tal vez podía haberse fugado con pasta por algún tipo de negocio fraudulento que su mujer no era capaz siquiera de imaginar. Un matrimonio que no siempre es tan idílico como parece. Una deuda de juego oculta que requiere una huida sin mirar atrás, algún asunto del pasado que nos avergüenza y nos persigue años después, una amenaza que tratamos de hacer desaparecer...

Cuando estaba interrogando a la esposa, algo secuestró la atención de Pedro. Otra vez figuraba en lo que contaba la mujer que creía que su marido estaba hablando recientemente con un importante empresario del que no podía decir su nombre porque él le había dicho que no podía contarle nada en absoluto sobre el tema pues, si descubría que había dicho lo más mínimo, la posible oferta se desvanecería sin más.

Igual que había sucedido con Lucía, había un supuesto hombre de negocios de cierta relevancia por medio, aunque en el caso de ésta la relación era sentimental. ¿Podría ser el mismo hombre? Sí, podría. Y también podría ser una casualidad y que no fueran el mismo. Incluso, podía ser una identidad oculta, una tapadera diseñada para despistar y para hacerlo invisible.

El inspector González no paraba de darle vueltas en su cabeza. Estaba desapareciendo gente que él conocía, personas relacionadas con su infancia y adolescencia, personas que, de una forma u otra, pertenecían a su pasado y, de pronto,

parecían irrumpir en su presente. Era como si hubieran vuelto a recordarle sus fantasmas pretéritos, aquellos que ya creía olvidados y que no le apetecía lo más mínimo volver a liberar.

La ciudad donde todos ellos residían no era demasiado grande, por lo que podría ser más fácil cerrar el cerco. No obstante, se encontraba a una distancia corta de la capital, en la que residían millones de

habitantes, por lo que, si alguien estaba relacionado con ambas desapariciones, podría vivir allí, lo que ampliaba el radio considerablemente. Tal vez también él lo conocía. Podía ser alguno de los colegas de su época mala en el instituto, alguno de esos que siempre andaban buscando problemas.

Aún era pronto para teorías, demasiado aventurado con los pocos datos que tenía. Sin embargo, no podía evitar preguntarse:

- ¿Quién eres? ¿Te conozco?

No había pasado aún un día desde la última denuncia, la que le había despertado definitivamente la alerta. Se había llevado a un agente en prácticas para que pudiera aprender sobre el terreno para comenzar a interrogar a aquellos que hubieran tenido contacto con Óscar antes de desaparecer. Nadie parecía saber nada ni haber visto nada extraño, excepto un compañero del instituto que le vio subirse a un coche de gama alta a la salida del instituto. Un sedán negro, del que no recordaba la marca porque nunca le habían interesado demasiado los coches, puesto que él era un fanático de las bicis y pedaleando era como acudía precisamente al trabajo diariamente. No había podido ver la cara del conductor. Pero estaba seguro de que el coche parecía muy caro, pues, según sus palabras, “esas cosas se notan”. La teoría del hombre de negocios o, al menos, la de alguien con un elevado poder adquisitivo, parecía tomar forma otra vez.

En cuanto a lo que había investigado respecto a la desaparición de Lucía, tampoco había averiguado gran cosa. La hermana había comentado que estaba ilusionada porque había conocido a alguien, pero no le había dado datos. Se había comprado recientemente algunos vestidos caros y poco más podía decir. Lucía no tenía trabajo estable, sino que solía tener contratos temporales de corta duración, por lo que tampoco podían decirle en el trabajo gran cosa, ya que el último contrato había finalizado una semana antes de que desapareciera.

Estaba en tierra yerma. Callejones sin salida. Nadie sabía nada. Nadie percibió nada extraño. La única conexión eran el colegio y el instituto, aunque ni siquiera era una conexión que cuadrase para las dos desapariciones y el fallecimiento. El único que todavía mantenía algún tipo de relación con alguno de los centros educativos era Óscar, que continuaba trabajando como orientador. Todos los demás, hacía mucho que no

tenían nada que ver con ambas instituciones. Quizás debía olvidarse

del caso de Doña Pura y considerarlo verdaderamente una muerte natural que nada tenía que ver con lo demás. En los otros dos casos, parecía haber alguien con mucho dinero de por medio.

La pregunta era quién.

Alguien llamó a su despacho. Un agente le informó que acababa de entrar una nueva denuncia referente a una nueva desaparición. Tal y como se había dicho en otras ocasiones, tres casos constituyen un patrón y las denuncias se acumulaban deprisa.

Además, estaba la posible muerte no tan natural que le tenía ciertamente despistado.

Por suerte, el denunciante se encontraba en comisaría todavía. No le gustó reconocer a quien vio allí.

- ¿Damián? Soy Pedro González. No sé si me recuerdas. Íbamos al mismo instituto, incluso coincidimos un para de años en la misma clase.

- Lo siento, ahora mismo no caigo en quién eres - dijo con cierta pesadumbre y, al mismo tiempo, reflejando cierta molestia ante un comentario que le parecía inoportuno en aquella situación.

- De acuerdo, no pasa nada, hombre. Mi compañero me dice que no has visto a tu madre desde ayer y que no logras localizarla.

- Sí, eso es. Y es muy extraño, porque desde que murió mi padre hace poco más de un año, estamos más en contacto que antes. Además, su móvil no da señal y ella siempre se lo lleva a todas partes. He ido a su casa, y no está allí. Mi hermana también lo ha intentado todo, pero tampoco sabe nada. Le gusta salir a caminar al caer la tarde y, cuando regresa, antes de cenar, nos llama a cualquiera de los dos. Nos preocupa que le haya ocurrido algo malo porque, aunque esté bien de salud, ya es mayor.

- ¿Pudo haber quedado con alguien sin que os lo dijera?

- No lo creo. Es una mujer de costumbres prácticamente inalterables y el paseo de la tarde no lo perdona nunca.

- ¿Os ha comentado si ha visto recientemente a algún conocido o si, por el contrario, había conocido a alguien recientemente del que no quisiera compartir demasiada información?

- No, claro que no. Estamos hablando de una mujer de 74 años no de una chavala de 15

años - respondió un tanto molesto y despectivo -. Además, la gente mayor suele ser muy fiel a su rutinas y costumbres. Así que, rotundamente no.

- Claro, lo comprendo. Simplemente, creo que es importante mantener abiertas todas las posibilidades, por descabelladas que en un principio puedan parecer. En cualquier caso, es una mujer fuerte y de carácter, lo recuerdo bien, seguro que hay una explicación razonable para esto. No obstante, nos pondremos manos a la obra. Te dejo mi tarjeta por si tú o tu hermana recordarais algo que se saliera de lo habitual.

Se levantó sin darle las gracias y, por supuesto, sin tratar de recordar de qué podían conocerse, como si el inspector no importara, como si estuviera ahí para servirle y diera igual quién era y si merecía algún tipo de aprecio o siquiera reconocimiento. Pedro se sintió por un instante como aquel chaval que pasaba desapercibido, que parecía casi incorpóreo hasta que empezó a frecuentar aquellas compañías que tan poco le beneficiaron. Volvió a la piel de su yo de 15 años que era invisible para el mundo igual que quien posiblemente estaba detrás de todo aquello, aunque eso todavía lo desconocía. Lo que sí tenía claro era que acabaría poniéndole cara. Le sacaría de su oscuridad y lo arrastraría hacia la luz para detener aquella descabellada cruzada.

CAPÍTULO 17: MARCOS

Hoy me he sorprendido al ver las noticias de la mañana. Parece que han empezado a conectar las desapariciones. Bueno, tampoco debería sorprenderme en realidad. Antes o después tenía que ocurrir. Lo importante es que no lleguen siquiera a intuir quién es el responsable que está detrás. Por lo que han dicho, la policía aún no tiene ni la menor idea. O eso es lo que dice la prensa, que vete tú a saber si es verdad o una estrategia. En todo caso, sería toda una ventaja para mí conocer la información que maneja la pasma y así moverme en función de los avances que hagan en la investigación. Tendré que seguir lo que publican por si hay novedades.

De momento, no tengo intención de parar. Tal vez deba hacer lo contrario, darme prisa para acabar mi misión. Es curioso que hasta ahora no me había venido a la cabeza esa palabra. Supongo que dota de más entidad a lo que hago, alguien que debe realizar un cometido de forma escrupulosa y eficaz. Y en ello debo seguir. Las prisas no pueden ser sinónimo de descuidos.

Marcos era el niño rico hijo de un abogado litigante que se empeñó en machacarme un día sí y otro también cuando estábamos en quinto curso. Le gustaba chulearse delante de sus amigos y hacerse el machote y qué mejor manera de hacerlo que golpearle los riñones al pobre pardillo solitario de la clase. Marcos es el mamón desgraciado que tuvo la suerte de contar con la complicidad de nuestra tutora, la cual en estos momentos descansa en paz, o tal vez no tan en paz, ¿quién puede saberlo?

Digamos que yace entre los gusanos después de conseguir su pasaporte a la otra vida.

Al parecer ha seguido la estela de su padre y también trabaja en el mismo bufete, aunque no parece tener el mismo éxito que aquel. Hace ya unos meses que contacté con él, antes de que mi madre falleciera. Ya tengo abogados, sobra decirlo, pero le dije que estaba buscando alguien de confianza para unos asuntos personales que nada tienen que ver con mi empresa. Le brillaron los ojos de codicia y yo disfruté burlándome de él sin que tuviera la menor sospecha de que lo hacía. Supongo que el incauto pensaba que podría sacarme un dineral. Le dije que simplemente quería saber si podría contar con él llegado el caso y obviamente me dijo que estaba a mi disposición para lo que necesitara.

Un pez gordo como yo le haría quedar muy bien delante de su padre y sus socios, por lo que era difícil que no picara el anzuelo.

Así que de vez en cuando hemos quedado a tomar algo. Me ha resultado duro fingir que incluso me caía bien, reírle las gracias de gilipollas que hacía y las bromas de mal gusto. Me daban ganas de vomitar. No obstante, me ha servido para conocer sus vicios, que no son pocos. Casi parece un estereotipo de película de serie B, pues además de que le gusta ir de prostitutas, se pone de coca hasta arriba siempre que puede. Con un poco de paciencia, podría esperar a ver cómo se mata el solo cogiendo una enfermedad de transmisión sexual o con una raya de más, pero no, podría pensar en rehabilitarse y tener una vida larga.

En realidad, pensándolo bien, el pobre imbécil es un puto fracasado que no merece la pena ni mucho menos mi implicación personal. Debería pagar a un sicario en su caso para que haga el trabajo sucio. Sería fácil tapar el crimen, pues sé bien que tiene cuentas pendientes con algún chapero de mala reputación. Dejar alguna pista falsa que indique una dirección clara, enviar algún mensaje a mala fe a la

persona equivocada para que fueran a por él... Habría una larga lista de posibilidades de deshacerse de él sin levantar sospechas que pudieran indicar en mi dirección.

Sin embargo, me gusta demasiado lo que hago, ahora lo sé. Lo disfruto. Saber a mis víctimas / verdugos - dualidades indisolubles por lo que son en el presente y lo que fueron en el pasado - sometidas a mi voluntad y acabar con ellos mientras me miran a los ojos y son conscientes de que soy yo quien les arrebata lo más preciado en este mundo que es la propia vida. Soy un sádico, eso no lo puedo negar.

A pesar de todo, una cosa está decidida de antemano: con él no me voy a complicar.

Tengo otros en la lista y ya he visto que el tiempo apremia como para entretenerse con basura tóxica. Una sobredosis con una cocaína adulterada que le haga sufrir hasta la agonía y que le envíe al más allá a hacer compañía a todos aquellos que me jodieron mi infancia, esa será la fórmula mágica.

Aún me cuesta entender que haya personas que digan que no vale la pena estudiar.

Gracias a todo lo que he estudiado, tengo conocimientos amplios de distintas disciplinas y no necesito que nadie me diga cómo adulterar la droga ni cómo conseguirla porque todo está ya en mi cabeza. Y eso es algo que no tiene precio porque no deja rastros.

CAPÍTULO 18: PREGUNTAS

¿Cómo había podido enterarse la prensa tan rápido? Era algo que al inspector González solía sorprenderle con frecuencia. No obstante, en el caso que tenía entre manos la sorpresa había sido incluso mayor ya que aún no tenía muy claro a qué se estaban enfrentando, mientras que la prensa parecía manejar información que ellos desconocían. Había algunas desapariciones sospechosas y un cadáver, aunque no estaban claras las circunstancias de la muerte. No obstante, la prensa había relacionado la mayoría de los casos debido a que, como no era una comunidad demasiado grande, habían llegado pronto a establecer algunas conexiones entre todas las supuestas víctimas. Lo que no sabía todavía es cómo se habían llegado a enterar de las desapariciones.

Por suerte, la prensa nacional no se había hecho eco de ello, puesto que los medios locales solían ser más fáciles de manejar. Además, su repercusión no era excesiva, con lo que el daño podía ser mínimo y todavía controlable. Cuando tomó el periódico para leer por sí mismo

lo que ya le habían contado algunos compañeros nada más llegar a la oficina ese día, lo comprendió todo.

El periodista que había escrito la noticia era alguien de sobra conocido para él. Se trataba de un ex compañero del instituto que, por lo que podía recordar de aquella época, era muy sociable y mantenía lazos de amistad con muchos de los chicos y chicas que acudían a su mismo centro escolar. El típico chico popular con el que él nunca había hecho migas. Federico Malvavisco, ¿cómo no lo había imaginado?

Igual que en aquellos tiempos que ya parecían tan lejanos, en la actualidad tampoco le gustaba tener que encontrarse con él cuando tenía que hablar con los medios por algún caso que estuvieran investigando. Siempre le había parecido un cretino prepotente que se creía más listo que la media y que a él solía tratarle como si fuera un don nadie. Decididamente era una sorpresa desagradable. Fuese como fuese, tendría que lidiar con él, estaba claro.

Pensó en llamarle para intentar cortar y controlar los daños que pudiera causar a la investigación lo antes posible. No obstante, dudó qué hacer, puesto que en el pasado no había tenido los resultados esperados, sino todo lo contrario. Normalmente, el susodicho utilizaba las conversaciones mantenidas con la policía para manipularlas y tergiversarlas de forma asombrosa, mostrando una falta de ética y una ausencia de deontología profesional espeluznantes. Por otra parte y a pesar de tener en cuenta estos antecedentes, el inspector valoraba el hecho de que la inacción también podría

maltinterpretarse, tal vez como una forma de intentar ocultar algo que antes o después iba a salir a la luz.

Pero es que tener que hablar con él… Había otros periodistas con los que, aunque no pudiese hablar de una relación amistosa, al menos sí era cordial. De todo el departamento de noticias locales, tenían que haberle asignado el artículo precisamente a Federico. Era un auténtico fastidio.

- Noticias locales, dígame - contestó una voz de sobra conocida al otro lado de la línea.

- Buenos días, Federico. Soy el inspector González. Quería hablarte…

- ¡Hombre, Pedrito! ¿Cómo estás? - le interrumpió antes incluso de que pudiera finalizar su frase.

- Bien, gracias. Y te agradecería también que no me llamaras Pedrito.

Ya no somos niños y sabes que no me gusta, no es la primera vez que te lo digo. Además, te llamo por algo serio.

- Sí, ya lo sé. Me llamas por el asesino del distrito educativo.

- En primer lugar, no tenemos pruebas aún de que se hayan cometido tales asesinatos.

Para eso, primero deberíamos tener cadáveres.

- Sí, sí, bla bla bla. Lo de siempre, o sea, que tratáis de ocultar información.

- Escúchame, aunque sea sólo por una vez en tu vida. No puedes soltar información sin contrastar y menos una bomba así.

- He hablado con gente del colegio y del instituto y, perdona que te lo diga, pero pinta mal. Para tú información, me llamaron ellos porque pensaban que la polícía no parecía estar haciendo demasiado. Ya sabes que mantengo buenas relaciones con mucha gente.

Por lo que sé, algunos llevan ya varias semanas *missing* y no ha habido ningún contacto con sus familiares o personas más cercanas. No tardarán en aparecer cadáveres, ya te lo aviso. Por otro lado, los que han muerto o desaparecido, como tú dices, al menos los que yo sé que tal vez haya alguno que aún no he descubierto, iban con nosotros a clase o, como mínimo, al mismo centro educativo.

- ¿Con quién has hablado?

- Pues con unos pocos ya. Me dijo la hija de doña Pura que no la habíais hecho caso, así que acudió a mí. Rocío tampoco tenía muchas esperanzas, pues según me contó, tú no habías parado de insistir en que seguro que Lucía estaba bien y que pronto aparecería con una explicación sencilla. Y he empezado a llamar a gente también por mi cuenta y me he enterado de muchas cosas.

Pintaba peor de lo que parecía inicialmente. Es decir, había empezado a investigar por su cuenta y era posible que levantara una alarma social que podía ser infundada. Ya había publicado su primer artículo y, viendo lo morboso y alarmista que había sido, estaba claro que sería el primero de muchos. Para el periodista posiblemente era un filón fácil de explotar.

- Muy bien, Fede, vamos a hacer una cosa…

- ¿Fede? - le interrumpió, nuevamente -. Entonces, ¿ahora sí somos amigos, Pedrito?

Explícame cómo va esto que me aclare, anda.

- No, no somos amigos, somos conocidos que deben cooperar cuando sus intereses profesionales confluyen, como es el caso. Así que te pido que no publiques nada más hasta que tengamos más información y estemos seguros de la relevancia del caso.

Deberíamos colaborar del mejor modo posible.

- ¿Y por qué tendría que hacerte caso?

- Por el bien común.

- Entonces, por el bien común, deberíamos compartir la información que tenemos y no me refiero a entregarte exclusivamente lo que yo sé mientras tú lo anotas en tu libreta y me dices que no me puedes decir nada porque la investigación está bajo secreto de sumario y cualquier otra cosa que se te ocurra.

- Me parece justo, pero eres consciente de que hay muchas cosas que no puedo decirte porque están bajo investigación.

- Y tú eres consciente de que yo defiendo el derecho de las personas a estar informados.

- Sabes que eso es demagogia y populismo, pero acepto que hablemos.

- Muy bien, ¿cuándo y dónde?

- Mañana en comisaría a eso de las dos de la tarde.

- Prefiero a primera hora, que veo tu jugada y me doy cuenta de que pretendes que no publique nada ni hoy ni mañana.

- Está bien, nos vemos a las 9. Ya sabes dónde está mi despacho.

¿A cuántos habría llamado hasta la fecha? ¿Qué información le habrían contado?

¿Sabría algo que la policía aún desconocía? ¿Qué parte de aquella información tendría un mínimo de veracidad? ¿Cómo iba a controlar este cabo suelto que amenazaba con mandar al traste la investigación y alertar a quien pudiera estar detrás de las desapariciones? Preguntas para las que aún no tenía respuesta.

Mientras tanto, partes desmembradas de seres humanos empezaban a aparecer no demasiado lejos de allí.

CAPÍTULO 19: EL PROFESOR DE

EDUCACIÓN FÍSICA

Aún quedan seis en mi lista. En realidad, creo que bien podrían ser muchos más.

Pero no debo volverme ansioso. Debo ceñirme a lo planeado, a los que componían esta privilegiada lista desde el principio. No sé si tendré tiempo de terminar, todo dependerá de lo que suceda de ahora en adelante, de como se desarrollen los acontecimientos. Tal vez tenga que tomar un descanso si la policía empieza a sospechar algo. No es difícil atar cabos y empezar a relacionar desapariciones de personas que o bien asistieron o bien trabajaron en dos centros educativos concretos.

En cualquier caso, si las cosas se ponen feas, tengo la huida perfecta planeada. No podrán pillarme. Luego dicen que el dinero no da la felicidad. Supongo que lo dicen los que saben que no está a su alcance ser ricos. Yo he vivido todas las posibles situaciones.

Cuando vivía mi padre, por lo que recuerdo, no nos iba mal, aunque tampoco como para derrochar. Salíamos de vacaciones, teníamos lo que necesitábamos, algún que otro capricho, un coche que no estaba mal. Lo que viene siendo la clase media. Cuando él falleció, descubrimos lo que significa pasar apuros y que te sobre mes a final de sueldo, pues mi madre recibía una pensión no demasiado boyante y trabajaba unas pocas horas limpiando oficinas mientras yo estaba en el colegio. Ahora y ya desde hace unos años, nado en la abundancia, ¡ironías de la vida! Eso sí, quiero dejar claro que todo ha sido fruto de mi incansable esfuerzo por lograr lo que me proponía, pues nadie me ha regalado absolutamente nada. Por ello, porque lo sé de primera mano, puedo decir categóricamente que el dinero te ayuda mucho a hacerte la vida más fácil, da igual el concepto que cada cual tenga de felicidad.

En fin, se acabó de divagar sin rumbo y filosofar. Voy a centrarme en lo que quiero contar.

El primero de los seis que quedan. Tal vez podía haber ocupado otro lugar en la lista. Tal vez incluso podría haberle perdonado y olvidado lo que me hizo. Podía haberle quitado importancia, haberlo banalizado y asumir que le di más relevancia de la que tenía en

realidad. Podía haber seguido las bromas y haberme reído, para que entendiera que no podía hacerme daño. Sin embargo, sospecho que yo no fui su única víctima y que antes y después de mí hubo otros que le sufrieron.

Le encantaba ridiculizarme. Diría sin exagerar que lo hacía en todas y cada una de las clases. Tiene gracia que yo ahora sea una persona con tanta pasión por el deporte y

que esté tan en forma. Una importante parte de los resultados se los debo a mi entrenador personal, no le voy a quitar el mérito. Un ejemplo más de lo que puede hacer el dinero por ti. En el instituto las cosas no eran igual. Se me daba bastante mal Educación Física. Y usted, don Julio, no sólo no me defendía de las burlas de mis compañeros sino que aprovechaba para humillarme siempre que podía. No creo que llamarme "bollito de chocolate" delante de todos mis compañeros provocando la risa fácil de los demás fuera un trato adecuado para un alumno, ¿o no piensa lo mismo?

Tendré la oportunidad de preguntárselo en persona porque vamos a encontrarnos muy pronto. Exactamente en 24 horas desde que termine de escribir esto. Si lo tuviera ahora delante mío, le recomendaría que no pierda el tiempo con estupideces, que aproveche cada segundo, que no se enfade por nimiedades y que disfrute como si no hubiera mañana porque, literalmente don Julio, para usted no habrá mañana. Esto es lo que va a pasar.

Merodearé por los alrededores de su casa y esperaré a que salga. Vive en una localidad no muy alejada pero que tampoco tiene un elevado número de habitantes. Las casas en su mayoría están bastante aisladas las unas de las otras y la suya se encuentra al final del pueblo, en una zona, por suerte para mí, poco transitada ya que por allí no pasa la carretera general. De hecho, a su casa se accede a través de un camino particular que no está demasiado bien iluminado. Debería darle las gracias por ello.

Sé que su mujer está impedida y que no tienen hijos, aunque no parece tener mala conciencia por dejarla sola en casa. Lo siento por la buena mujer que va a quedarse sin compañero de fatigas, aunque igual le hago un favor. En cualquier caso, es un daño colateral y no voy a permitirme sentimentalismo alguno. Cuando salga temprano por la mañana a darse su paseo hasta el pueblo para tomarse el café en el bar, justo antes del alba cuando aún la claridad no se ha apoderado del día y las exiguas farolas débilmente cubren la falta de luz, le golpearé por detrás en la cabeza y me lo llevaré en mi coche a una

sesión física extenuante. El golpe ha de ser certero para que quede inconsciente durante unas horas, que no quiero ahorrarme el placer de verle sufrir. Un golpe fatal me quitaría toda la diversión de un plumazo.

Cuando se vea encadenado a la cinta de correr y vaya subiendo poco a poco la velocidad, me suplicará que pare, que le deje descansar, que no puede más y yo me reiré en su cara y le forzaré más y más hasta que su corazón diga basta. Es una cinta de correr de esas baratas que venden ahora y que son fáciles de transportar, así que cuando acabemos, me la llevaré conmigo, no siendo que un día encuentren la cabaña y la compra de la cinta les lleve hasta mí.

Ya estamos aquí, en la cabaña de los horrores. Ha sido pan comido. Todo según lo planeado. Todavía me sorprende que llegue algo de cobertura móvil hasta aquí. No sé si por suerte o por desgracia, mientras esperaba a que mi bella durmiente despertara, he descubierto que en las noticias locales han empezado ya a desatar el rumor no sólo de varias desapariciones como ya habían relatado, sino también de posibles asesinatos.

Federico, como siempre, va de listo y quiere anticiparse a la policía para ser el protagonista. Me llaman el asesino del distrito educativo, bastante poco original, la verdad.

La rigurosidad y la honestidad nunca fueron lo suyo, así que ha empezado a escribir sin ton ni son a ver si acierta en algo. Poco le ha importado verificar la información, ya que en ningún caso habla de que hayan aparecido restos mortales que indiquen la veracidad de lo que publica.

Lo que me da más rabia es que ha acertado en casi todo. Así que, mientras despertaba mi querido amigo y empezábamos la fiesta que le había preparado, he estado valorando si esto me conviene o no, es decir, si puedo utilizar a la prensa en mi favor. Tal vez pueda jugar un rato con ese estúpido engreído y aprovecharme de él.

Pues sí, Fede, supongo que podré decírtelo en persona llegado el momento cuando sea tu nuevo turno bajo mi yugo, pues acabas de ganarte una moratoria. Te informo que eras el siguiente, pero voy a saltar tu turno y pasar al próximo agraciado.

CAPÍTULO 20: SILVIA

Me duele saber que es Pedro el inspector que se encarga de la investigación.

Precisamente Pedro, la única persona a la que le guardo un mínimo de respeto de todos aquellos de los que acudieron conmigo a clase en algún momento. Y encima me he tenido que enterar por el artículo del gilipollas de Fede. Tal vez sea el karma o alguna fuerza universal que desconozco.

No debo permitir que este tipo de cosas me hagan perder la concentración ni el rumbo, porque ahora sí que sé que debo darme prisa. Pedro González no era ningún inútil como el resto, sino que era un chico bastante listo, hasta que le dio por tirar todo por la borda y juntarse con compañías que no le convenían. Supongo que, como todos a esa edad, sólo quería encajar y sentir que pertenecía a algún lugar. Ambos elegimos formas contrapuestas de afrontarlo: él uniéndose a aquellos que pudieran defenderle; yo tratando de ser invisible sin conseguirlo.

He tenido que investigarle un poco, pues le perdí la pista cuando abandonó los estudios. Ahora sé que se reenganchó y acabó siendo el primero de su promoción en la academia de policía y que, aunque tardíamente, estudió criminalística en la Universidad. Por lo poco que ya le puedo conocer, sé que no tardará en atar cabos y venir a interrogarme, aunque no sea necesariamente como persona de interés en la investigación. Puedo ser otra potencial víctima, puesto que por mi historia personal, podría encajar en ese perfil. Al fin y al cabo, no vivo tan lejos de donde están sucediendo las desapariciones, así que podría estar dentro del rango de alcance del supuesto asesino o secuestrador o lo que sea que crean que está pasando. Sin embargo, es posible que Pedro me cale enseguida y mi tiempo de acción se esté viendo reducido drásticamente sin yo siquiera ser plenamente consciente de en qué magnitud ha disminuido.

Muy bien. Tengo que moverme rápido. Espero que eso no provoque errores fatales para mí. En cualquier caso, no voy a poder deleitarme porque ahora debo ser práctico.

Hay tres de la lista que tienen que caer sea como sea. Para ellos no hay perdón. Los otros dos que me quedan, me bastará con que sepan que iba detrás de ellos y que no me han cogido, por lo que vivirán con temor el resto de sus vidas.

Silvia. Tú eres la siguiente. No sé porque te lo escribo como si pudieras llegar algún día a leerlo. Bueno, por si acaso algo falla, me gustaría que te enterases de lo que te pretendía hacer. Sinceramente, no creo que tengas tanta suerte. Bastante que se te ha reducido el tiempo de condena y vas a morir rápido.

Siempre creí que lo nuestro duraría. Me refiero a nuestra amistad o lo que fuera aquello. Me gustaba estar contigo. Pero tú preferiste a Damián, el que supuestamente era mi amigo cuando éramos muy pequeños, cuando mi padre aún vivía y las cosas nos iban bien. Después se convirtió en un auténtico villano que me perseguía en el instituto bajo la protección de su madre, la cual ya está criando malvas gracias a mí mientras él probablemente continúa preguntándose qué le puede haber pasado. Es un forma de tortura psicológica, al fin y al cabo. ¡Ah! De nada, humanidad, por librarte de semejante víbora.

Recuerdo que llegaste nueva al insti. Eras una chica bastante tímida y te sentaste a mi lado. A pesar de lo que me costaba, del esfuerzo que me suponía hablar con alguien después de todo el rechazo que había vivido en los años previos, me mostré amable contigo porque te vi asustada, más incluso de lo que yo estaba. Nos caímos bien y solíamos ir y volver juntos de casa al instituto puesto que vivíamos bastante cerca. Eras una chica inteligente y guapa, obviamente fuera de mi alcance, pero tú te empeñabas en hacerme creer lo contrario, que éramos amigos y que estaríamos juntos siempre. Hasta que se cruzó Damián.

No sé si realmente le gustabas o sólo quería fastidiarme y volver a aislarme del resto. Al principio, me defendías de sus ataques y parecías apoyarme. Supongo que, muy en el fondo, no querías reconocer que eras capaz de traicionar con tanta facilidad a un amigo. Empezasteis a salir a mis espaldas y comenzaste a alejarte de mí paulatinamente, hasta que me diste la espalda por completo. No me mirabas ni siquiera a la cara y asistías impasible a los insultos que Damián profería por su boca, riéndole las gracias y contribuyendo a que aumentara mi dolor. ¿Te paraste alguna vez a pensar cómo me sentía? ¿Te importó siquiera?

Puede que si mi infancia hubiera sido diferente, si hubiese sido popular o, simplemente, si hubiera tenido un grupo de amigos a los que acudir, no me hubiese importado tanto. Me habría dolido porque imagino que siempre duele perder un amigo, sea cual sea la circunstancia. Sin embargo, en mi caso, no era sólo una pérdida sin más, era una traición, especialmente porque tú sabías todo lo que había sufrido y habías sido mi paño de lágrimas. Conocías mi historia y eso se volvió en mi contra, porque fue otra excusa que utilizar como una arma contra la escasa autoestima que por aquella época me quedaba.

Esto no lo he contado nunca absolutamente a nadie pero, ¡qué

demonios!, ya que estamos contando intimidades, porque no ir un paso más allá. Pensé en el suicidio, acabar con todo de una vez por todas, silenciar el dolor. Llevaba tanto tiempo luchando solo contra el resto, que pensé que era el momento de rendirme. Pensé mil y una formas

de hacerlo pero me faltó valor. Si mi pobre madre lo hubiera sabido, no sé qué habría sido de ella.

Así que una vez que asumí que no podía acabar con mi vida, empezó a gestarse dentro de mí esta bestia que sacaría el poco o mucho valor que tuviera dentro para planear una venganza contra todos vosotros. Ahí empecé a hacer mi lista, la cual es más antigua de lo que me atrevo a reconocer. Creo que eso fue lo que me mantuvo con vida en realidad. Mi ansia de venganza era la gasolina que alimentaba el fuego.

Tú, Silvia, protagonizaste la peor traición que he sufrido porque en ti confié de verdad, porque me hiciste creer que no me abandonarías y me diste esperanza.

Alimentaste las ganas de seguir viviendo porque las cosas podían ser diferentes, me diste una razón para continuar cuando creía que estaba todo perdido y que nunca podría tener a nadie a mi lado. Tú estabas ahí. Durante algunos meses, estuviste ahí. No fue algo pasajero de un par de días nada más. Fueron meses, tal vez dos o tres, no más, pero suficiente tiempo para volver a empezar a creer. Bajé la guardia y me ilusioné. Y

eso es algo cruel, especialmente para alguien que ya había perdido la ilusión en tantas ocasiones.

Tienes suerte de que, debido al reciente cambio en las condiciones actuales, haya decidido terminar con todo esto de una forma rápida para evitar que me capturen, porque te había reservado una muerte lenta, una agonía larga y un final agonizante.

Aún así, no hay perdón para ti y, por eso, lo vas a pagar muy caro.

CAPÍTULO 21: CAOS

Ya eran demasiadas las desapariciones. Hacía tiempo que no había duda de que no eran fruto del azar, sino que había claramente alguien detrás de todas ellas. La última reportada era la de una mujer que también había ido al instituto con el inspector y con los demás. Y ya iban ocho, si es que su profesora de quinto realmente no había

fallecido por muerte natural, cosa que cada vez tenía más claro que no había sido así. Empezaba a preguntarse si él también estaría en la lista, teniendo en cuenta por los derroteros que había finalizado su paso por los centros educativos que impartían la Educación Secundaria. Tal vez sería una forma rápida de detenerlo: estar en su diana y verse frente a frente con él.

Mientras tanto, debía seguir con las pesquisas. No estaban dando demasiados frutos que se dijera, por el momento. Tampoco habían encontrado pruebas en ninguna de las viviendas de los desaparecidos, ni en los registros que disponían de sus móviles ni de los propios terminales en los casos que sí habían sido recuperados de la vivienda del desaparecido, ni en ninguna parte. Había contactado ya con muchos de los compañeros y algunos profesores, además de la inconsistente información que había conseguido sonsacarle al periodista.

Estaban investigando a todos ellos a partir de listados que les habían facilitado desde los dos centros educativos a los que unos u otros habían acudido o trabajado allí y los añadían según la información recabada a una posible lista de víctimas o de sospechosos. No obstante, eran todo conjeturas sin demasiado fundamento. Por suerte, al menos, habían podido limitar el número de sujetos gracias a que las víctimas eran de la edad del propio inspector en su mayoría y conocidas suyas, con uno o dos años como máximo de diferencia. Además, había que considerar a miembros del equipo docente de los que les habían impartido clase o tenido contacto directo con ellos de algún modo.

Aún así, seguían siendo una cantidad importante de personas a investigar.

En otro orden de cosas, en las últimas horas la oficina se había convertido en un caos. Por un lado, en las últimas semanas se habían denunciado varias violaciones en la zona próxima a la comisaría y se había levantado una considerable alarma social, por lo que habían ampliado el número de efectivos dedicados a esa investigación. Por otro lado, la publicación en las noticias de las desapariciones y los escasos avances alcanzados, tenían a los jefes de bastante malhumor. Y las cosas estaban a punto de empeorar todavía más.

Repasando los datos que tenía hasta la fecha, pudo comprobar que no había demasiados compañeros del instituto y profesores que mantuvieran el contacto, lo cual tampoco era nada anormal. Con el paso de los años, es muy fácil distanciarse, puesto que cada persona

toma un rumbo diferente en la vida que no suele coincidir con los de la gente de su infancia. La mayor parte de ellos continuaban viviendo en los alrededores, con lo cual tampoco restringía demasiado la búsqueda, ya que el número de potenciales sospechosos o víctimas era aún bastante amplio, más aún si se consideraban los que residían en un radio de unos 100 km, puesto que era pronto para acotar más la distancia teniendo en cuenta que los desplazamientos en la zona eran muy habituales, bien por motivos de trabajo o placer, hacia la capital y las localidades aledañas que se encontraban precisamente dentro de esos 100 km estipulados.

Sin embargo, por suerte, había un nutrido número de alumnos de aquella época que habían emigrado y, o bien residían en otras partes del país bastante lejanas, o habían traspasado incluso las fronteras nacionales. Aunque esto tampoco era un criterio definitivo para excluirles, salvo que no hubiesen estado por la zona en las fechas de las desapariciones.

Continuó repasando la lista que tenía y se decidió a llamar al siguiente que tenían previsto sin seguir un orden determinado por motivo alguno. Dudaba mucho que tuvieran suerte. Era como una ruleta rusa. De hecho, por lo que recordaba, era una buena persona, de esas que no es capaz de hacer daño a otros. Un alumno ejemplar que no se metía en líos, salvo una vez que presentó una queja en el instituto.

De pronto, alguien le avisó para que fuera a la sala de descanso a ver las noticias.

Un cazador había encontrado restos humanos en una zona de la sierra que era poco frecuentada. Al parecer, estaban esparcidos por distintas partes del bosque en distinto grado de conservación, teniendo en cuenta particularmente que, además, habían servido de alimento a los animales.

CAPÍTULO 22: NOTICIAS

Parece que he empezado a llamar poderosamente la atención de los medios de comunicación nacionales. Ya no es sólo la prensa local con sus pocos parroquianos fieles que la leen religiosamente. Supongo que son las ganas de notoriedad que siempre ha tenido Federico. Le he regalado lo que nunca hubiera querido que es justo lo que él más ansiaba: reconocimiento. Esto no me lo esperaba. ¿Tendré que contenerme y dar un paso hacia atrás? Me cuesta refrenar estos impulsos pero, si me descubren antes de que finalice mi misión, todo habrá sido en balde. He pensado incluso en ocultarme durante unas

semanas, hacer algún viaje de negocios tal vez, cualquier cosa hasta que se enfríe un poco todo el asunto. Sin embargo… No quiero esperar. No creo que el tiempo sea un aliado para mí en este momento. Más bien lo contrario.

Hablan de un asesino en serie, puesto que parece que han encontrado algunos restos humanos en un bosque que podrían coincidir según parece con algunos de los desaparecidos, aunque aún deben hacer las debidas comprobaciones de ADN. Supongo que le dejé demasiada comida a las alimañas o, tal vez, fuera demasiado indigesta. En cualquier caso, debo reconocer que no esperaba que apareciesen tan pronto, aunque ya hace casi dos meses desde que empezó mi cruzada.

No puedo evitar que me de la risa. Me han puesto un nombre, que creo que es lo que más ilusión me hace. Les falta imaginación, eso sí, pues me han llamado “el carnicero del distrito 22” por eso de que están convencidos de que troceo los cuerpos, lo cual me recuerda a la serie Dexter, sólo que yo no soy tan bueno como el protagonista, ni tan meticuloso, ni tampoco vivo cerca de una bahía que se trague los restos. Yo tengo que contentarme con la oscuridad del bosque y los animales que lo habitan.

Vale. Ahora sí que ha ocurrido algo relevante. Todo se ha acelerado. Acaba de llamarme Pedro González, el inspector al cargo de la investigación, para hablar conmigo. Damián y Federico vais a ser los últimos y debo darme prisa. Aunque me cueste mi propia vida no voy a perdonaros la vuestra. Tal vez un dos por uno estaría bien, aunque eso puede ser demasiado arriesgado. Por suerte para ellos, hay otros dos que se van a librar, pero dejaré constancia de que les continuaré vigilando esperando la oportunidad idónea, aunque eso no sea del todo cierto por razones logísticas.

Hablaré con Pedro, veré qué sabe y qué no. No responder o no acudir a su cita levantaría sospechas desde el minuto menos uno. Me mostraré tal y como me recuerda, pero con algo más de aplomo y seguridad en mí mismo, porque si me presento como alguien excesivamente reservado y tímido no cuadrará con mi imagen de empresario de

éxito acostumbrado a hablar ante distintas audiencias. Han sido ya demasiadas entrevistas y conferencias como para seguir pareciendo alguien que no ha salido al mundo a dar la cara.

Me sorprende descubrir que tengo ganas de verle, saber qué ha sido de su vida, cómo le va. Es de esas personas con las que tengo la sensación

de que en otro tiempo y otras circunstancias, quizás podríamos haber sido incluso buenos amigos. Era un chaval inteligente, con esa chispa en la mirada que te indica que ahí dentro no hay una cabeza hueca, sino alguien que piensa y tiene grandes ideas, aunque tuvo pocas oportunidades de demostrarlo. Siempre pensé que era un buen chaval y recuerdo que alguna vez intentó acercarse a mí. Por desgracia, yo había perdido ya por completo la confianza en la bondad y la amistad de otro ser humano. Imaginaba que él también pretendía humillarme o que, antes o después, terminaría por abandonarme.

Es curioso pensar los caminos tan diferentes que hemos elegido en la vida. Él inspector de homicidios y yo un homicida reiterado. Somos una contradicción. Nuestros destinos son una contradicción. Nuestras elecciones a la hora de afrontar problemas similares también pueden entenderse como pura contradicción. ¿Y qué es el ser humano sino total y absoluta contradicción?

Pedro, quiero que sepas que siento mucho que en este caso no vaya a ayudarte porque no me conviene que esta investigación se resuelva a tu favor. Tengo demasiado que perder. Aún así, sabrás toda la historia porque, al final, resulta que todo esto que estoy escribiendo no irá a un lector anónimo que encontrara el manuscrito por casualidad, sino que irá dirigido a ti. Te mereces saber la verdad y conocer los motivos que me llevaron a cometer todas las atrocidades que aquí se relatan.

Mientras llega nuestra cita, debo continuar con lo que tengo entre manos. Es demasiado importante como para perder la concentración precisamente ahora que hay tanto en juego.

CAPÍTULO 23: DAMIÁN

El tuyo y el de Silvia deberían haber sido un sólo capítulo. La muerte de los falsos amantes. No obstante, pensé que eso despertaría aún más sospechas y ya presiento el cerco de la policía acercándose a mí. Habría sido muy evidente para cualquiera de nuestra época de adolescentes que hubiera sabido lo que pasó hace ya más de 20 años, porque tú hiciste que todos en el instituto creyeran que había ido a quejarme a la directora, es decir, a tu madre, porque habías empezado a salir con la chica que me gustaba. Era mi amiga, la única que parecía comprenderme. No diré que no me gustara, porque supongo que a esa edad casi cualquier chica que te hace un poco de caso parece que despierta algo en ti que no estabas acostumbrado a sentir a edades más tempranas.

Las hormonas de un adolescente se disparan con facilidad, ¿no? Pero

no era eso lo que me importaba. Yo no estaba enamorado de Silvia ni mucho menos. Lo que me dolió es que me arrebataste el único soporte que me quedaba, mi clavo ardiendo al que me aferraba como si incluso mi cordura dependiera de ello.

Me hiciste hacer parecer cobarde e infantil. Hiciste que creyeran que soy un blanco fácil sobre el que descargar la ira y de quien reírse. Lograste que me defenestraran más aún de lo que ya estaba, y eso que había llegado a un punto en el que eso parecía casi imposible. Me hiciste comprender que, por muy bajo que caigas en la vida, por mucho que creas que ya has tocado fondo, ese fondo también puede derrumbarse.

Al menos, como signo de una mínima buena fortuna, debo señalar que tuve la suerte de no vivir mis años de adolescencia en esta época, en la era en la que internet lo impregna todo. Me libré de sufrir todo el desprecio que ya sentía en grandes dosis multiplicado por mil o millones a través de las redes sociales. Creo que eso habría sido demasiado para soportarlo y no habría llegado hasta aquí porque, sin duda, habría terminado por claudicar y me habría rendido mucho antes.

En fin. No voy a enrollarme dando todos los detalles porque tengo que pasar a la acción. Es sólo cuestión de tiempo que aten los cabos y el hilo les lleve hasta mí, aunque dudo que, salvo algún que otro trozo de carne entre la maleza que ya ha aparecido, encuentren algún rastro distinto que inexorable e inequívocamente los arrastré hasta mí. Apuesto a que pronto me habré convertido en persona de interés en la investigación, a pesar de que, al principio, ellos pensarán que vivo en la inopia y que no me entero de nada porque esa es la imagen que voy a ofrecer cuando me entreviste con Pedro. Les haré creer que estoy convencido de que puedo ser una víctima potencial y me recomendarán que extreme las precauciones. No sé si mis dotes de actor funcionaran delante de alguien tan avezado como Pedro.

A pesar de todo, estoy convencido de que no me detendrán. Es lo que tiene la determinación, que puede con todo. Aunque, claro, determinación sin inteligencia tampoco puede ir muy lejos. Por suerte para mí, llevo mucho tiempo apartando dinero e invirtiéndolo muy lejos de aquí para que, llegado el momento, pueda empezar una nueva vida con una nueva identidad. Con ese dinero podré empezar una empresa desde cero, aunque procuraré que sea más modesta para pasar desapercibido. Tal vez puedo dedicarme a otro tipo de negocios o sencillamente a invertir y recoger los frutos, eso ya lo pensaré cuando llegue el momento. Ya no tengo que demostrarle a nadie que

puedo llegar muy lejos. Eso ya lo han visto todos.

Damián, te he privado de morir mirando a los ojos a tu amante del instituto. Bueno, seamos sinceros, ella más bien fue un mero entretenimiento pasajero para ti porque dudo mucho que alguna vez la quisieras de verdad. En cualquier caso, no habrías visto nada bello, te lo aseguro. No sabes cómo puede descomponer un rostro el auténtico terror. Si te intriga, puedo ponerte delante de un espejo para que lo veas cuando te suceda a ti. Pensándolo bien, es una gran idea porque eras y sigues siendo un puto vanidoso que se cree el príncipe del universo.

Por suerte para mí, te gusta ir al gimnasio a última hora del día, fiel a tus horarios y tareas del día a día. Supongo que allí te encuentras con tipos narcisistas como tú obsesionados con su imagen y engordando sus músculos al tiempo que anestesian su mente. Pensaba que después de la desaparición de tu madre, me lo pondrías un poco más difícil porque habrías cambiado aunque fuera tan solo mínimamente tus rutinas, pero tu GPS me indica lo contrario. Seguro que la policía te habrá dicho lo importante que es cambiar horarios, actividades, recorridos para evitar que alguien te aceche. Si todos los días son iguales, se lo pones muy fácil a alguien que quiera hacerte daño, pues puede pillarte desprevenido y con la guardia baja debido a que tu cerebro se encuentra acomodado en lo cotidiano en lugar de alerta para procesar cambios.

Por cierto, eres un patán. Ya deberías saber que los Android están mejor protegidos si les instalas un antivirus, es algo que han dicho hasta en el telediario. Tampoco es que eso me hubiera detenido, pero si me habría costado más meterme en tu vida. Te has empeñado en ponérmelo tan fácil que casi me está dando pena ir a por ti. Obviamente, es broma. La palabra indulto no existe en mi diccionario.

Esta noche tenemos una cita. Tú y yo solos, como debería haber sido hace tiempo.

Te espero a la salida del gimnasio. No faltes.

CAPÍTULO 24: REENCUENTRO CON

EL PASADO

He pasado la mitad de la noche en vela. Después de la descarga de adrenalina que me produjo sesgar otra vida, pensaba que dormiría del tirón. Sin embargo, no ha sido así. Sigo dándole vueltas a lo que ya hace unos días que me ronda la cabeza. Todavía no me lo puedo creer. No sé si pensar que esto es mala o buena suerte. Pedro, tenía que ser él el inspector al cargo de la investigación, una de las pocas personas a las que he respetado y que, posiblemente, hubiera podido haber considerado mi amigo si mis circunstancias hubieran sido otras o, simplemente, hubiera llegado a mi vida antes de que todo se desmoronara.

Supongo que, ante la adversidad, las víctimas encontramos puntos de unión que nos acercan, como si fuera una forma desesperada de consuelo saber que no eres el único al que le pasa. Son puentes hechos por el dolor que provoca el acoso y el maltrato.

Está claro que Pedro eligió un camino muy diferente al mío para purgar su pasado. No obstante, lo que padecimos cuando éramos niños nos mantiene invisiblemente unidos de alguna macabra y estrambótica manera incluso hoy.

¿Qué ocurrirá cuando me entreviste? Por fortuna, el arañazo del cuello apenas se me nota ya, aunque lo maquillaré debidamente para eliminar hasta el más mínimo rastro. Si lo viera, seguro que llamaría su atención y, aunque pudiera inventarme alguna excusa, lo cual no sería nada complicado, se quedaría grabado en su mente como algo a investigar.

Llevamos muchísimos años sin hablar. Perdimos el contacto porque nunca lo tuvimos en exceso, así de simple. Sin embargo, lo recuerdo con mucho afecto y con cierta admiración porque nunca se amedrentaba e, incluso, en alguna ocasión incluso trató de defenderme, aunque luego lo pagó caro. Pedro siempre ha sido una buena persona y estoy seguro que eso no habrá cambiado. Este mundo cruel e insano no habrá podido con él. Claro que, por otra parte, tal vez él piense lo mismo de mí.

¿Seré capaz de mentirle a la cara? ¿Negarlo todo, decir que no sé nada del tema?

¿Hacerme el sorprendido, como si no supiera nada de lo que me está

hablando? Esto sí que parece lo más difícil de todo. Traicionar a alguien que es buena gente, uno de los pocos que pueden llamarse así. Por otra parte, tal vez me lo lea en la mirada. No es estúpido. ¿Qué hará él? ¿Qué pensará? Creo que esto le hará perder un poco más la fe en el ser humano, si es que alguna vez la tuvo.

- ¡Hola Daniel! Pasa, no te quedes ahí - me dice nada más llegar y verme en la puerta de su despacho, mientras mi mente bulle hasta doler.

- ¡Hola Pedro! ¿Cómo estás?

- Bien. No me puedo quejar. Ya sé que tú has triunfado, lo he visto en los periódicos, en la televisión, en internet… Bueno, ¿qué te voy a decir? Estás por todas partes - señaló con una honesta y amplia sonrisa.

- Sí, creo que me va mejor de lo que nunca hubiera imaginado - respondo, tratando de mostrar humildad.

- Debo decirte que eres de las pocas personas de nuestra época de críos que me alegro sinceramente de ver últimamente, porque he visto a demasiados de los que no me traen precisamente buenos recuerdos, ¿sabes?

- Yo también me alegro de verte y, para serte sincero, a mí tampoco me apetecería nada ver a la gente del colegio o del instituto. Todo me va mejor desde que no tengo ni el menor contacto con ellos, así que preferiría que siguiera así, no te voy a engañar.

Observo cómo me mira, me analiza y sopesa lo que le digo. Creo que he metido la pata. Es posible que ya haya descubierto que estuve hablando en los últimos meses con Marcos, el abogado. Encontraron su cadáver rápidamente porque lo deje todo dispuesto para que pareciera una sobredosis con una droga adulterada. Irían a por el camello, no tengo dudas. Sin embargo, tal vez haya metido la pata no mencionándolo o negando cualquier contacto. Percibo como me sube la temperatura y me temo que el sudor haga desaparecer el maquillaje que cubre los restos del arañazo en mi cuello. Respiro hondo y me esfuerzo en seguir hablando.

- Llevamos siglos sin hablar, aunque tampoco es que habláramos demasiado en aquella época - prosigo con un tono de voz que no demuestra total firmeza.

- Sí, es verdad, aunque yo lo intenté más de una vez, no sé si lo

recuerdas. Alguna vez cuando te vi en los informativos, pensé en contactar contigo, en llamarte o hacerte una visita. No sé por qué motivo no lo hice. Tal vez me deslumbró en quién te habías convertido o, tal vez, creí que pensarías que iba detrás de algo.

- ¿De algo?

- Ya sabes, influencias o qué sé yo. Te has convertido en una persona importante.

- Nunca podría pensar eso de ti. Creo que nunca he conocido a una persona tan buena y tan íntegra como tú.

- Bueno, no lo sé. Te agradezco el cumplido, pero todos tenemos nuestros fantasmas. Y, precisamente, por eso he venido. Porque están surgiendo algunos fantasmas del pasado que están engrosando misteriosamente la sección de necrológicas.

- ¿A qué te refieres?

- ¿No has visto las noticias? - lo pregunta con un tono de asombro que no puede ser fingido.

- Bueno, la verdad, es que aunque me avergüence reconocerlo, sólo presto atención a las secciones de economía, tecnología y medicina y, en algunas ocasiones, a la política si eso puede afectar a mi empresa. Pensarás que soy un avaro sin entrañas y, además, un ignorante.

- ¿Tú ignorante? Nunca. Y lo de avaro, tampoco me encaja con el Dani que yo conozco.

Mucho tendrías que haber cambiado.

(Ni te lo imaginas, amigo).

- Bueno, esto me resulta muy incómodo, pero tengo que hacerte algunas preguntas acerca de ese tema.

- Tendrás que ser algo más específico porque no me entero.

- Verás, se han sucedido una serie de desapariciones y muertes que nos hacen sospechar de un asesino en serie y la única relación que hemos encontrado son los centros educativos. Todos coincidieron o en el colegio de primaria de Lope de Vega o en el Instituto Miguel de Cervantes.

- ¡Vaya! Eso es terrible. ¿No pretenderás alarmarme? - (¡Dios, qué

hipócrita y qué falso soy! Casi siento repugnancia de mí mismo).

- No, no, nada de eso. Al menos, espero que no, aunque aún no se sabe. En fin, debo hacer una serie de comprobaciones, tal y como estamos haciendo con todos a los que estamos llamando.

- Muy bien, pregúntame lo que quieras.

- ¿No te interesa saber quiénes han muerto?

- ¿Esa es un pregunta de la investigación? Porque te diré que esa no me la esperaba - mi sonrisa es vacilante, denotando mi inseguridad.

- No, pero me extraña que no lo hayas preguntado. Diría que el 100% de las personas con las que he hablado es lo primero que han dicho. Ya sabes, la curiosidad, el morbo o lo que sea - lo dice realmente serio, lo que hace que piense que es síntoma de mal augurio.

- Supongo que me lo vas a decir a continuación. Aún así, no me gusta viajar al pasado, sobre todo a un pasado que no me trae precisamente buenos recuerdos - vale, está claro ya, la cosa se ha puesto fea antes de lo esperado.

- Ya, me lo puedo imaginar. A mí tampoco me está resultando agradable llevar este caso y remover cosas que creía aparcadas. Pero, no sé, ya sabes lo que dicen: “la curiosidad mató al gato”. Todos queremos saber, no nos conformamos con quedarnos en la penumbra cuando nos lanzan una bomba como la que te acabo de soltar.

(¡Mierda! No sé qué decirle. Pongo mi cara de no me puedo creer que me esté pasando esto a mí y parezco un estúpido redomado).

- Muy bien, pues adelante, no dejes que la curiosidad acabe con mis nervios - (y finjo una sonrisa teatral, forzada y terrible porque a él, maldita sea mi suerte, me cuesta mentirle).

Una vez fuera de la comisaría soy más consciente aún de que las cosas no han ido nada bien. Me mostré muy diligente en acercarme hasta aquí, fingiendo una reunión con un cliente, y ahora sé que ha sido una terrible idea, aunque no tienes pruebas fehacientes de nada y, si tienen algo, es todo meramente circunstancial. Es cierto que quería aprovechar el viaje para liquidar un último asunto que se llama Federico, pero ahora les va a ser más fácil sumar dos más dos. No hay tiempo, pero no puedo dejar esto a medias. Fede no se puede librar. Acabaré con él y cogeré el avión a media noche.

CAPÍTULO 25: FEDERICO

Fede. ¿Recuerdas lo celebre que eras? Claro que sí, cómo olvidarlo. Yo tampoco lo he olvidado. De hecho, si no has caído antes bajo mi yugo es porque, en primer lugar, me ha resultado en cierta medida útil usarte como altavoz para que el mundo sepa las consecuencias que puede acarrear tratar mal a otro ser humano, aunque a la vez has sido un fastidio, pues he tenido que acelerar todo el proceso, especialmente después de la entrevista que he mantenido hoy con Pedro. la oportunidad de ajusticiar a otros resultaba demasiado accesible, fácil y tentadora como para dejarla escapar. Como el caso de Fermín, un pobre hombre al que nadie echará de menos y que es difícil que sospechen que lo suyo no ha sido una muerte natural. Ya era mayor en aquella época, cercano a la jubilación, así que imagínate ahora veinticinco años después.

Sí, es cierto, no he hablado de Fermín, ¡sorpresa! No merece mucho la pena que me entretenga con él. Era una marioneta, el pobre. Era el Jefe de Estudios del Instituto, aunque en realidad no era más que un cargo figurativo porque hacía todo lo que la Directora le pedía, sin oposición. Fue testigo del abuso de poder de ésta sobre mí y claudicó, sin oponer la más mínima resistencia, sin mostrar su opinión a favor o en contra, agachando la cabeza como si nada pasase. En su caso, yo diría que lo que en realidad le ha matado ha sido el terror que le produjo verme y contarle todo lo que estaba haciendo. La verdad, es que me lo puso tan fácil que no requerí demasiado esfuerzo. Casi diría que el mérito fue todo suyo.

Pues sí, Fede, ha llegado tu momento. Voy a por ti. Te tengo ganas. Especialmente desde que te ha dado por ponerte a escribir en la prensa tus conjeturas, como si fueras más listo que nadie. Encima, has tildado a la policía de incompetentes, sabiendo que es precisamente nuestro compañero Pedro quien se encuentra al mando de la investigación. Aún te sigue gustando humillarnos. Te voy a dar la exclusiva de tu vida, una que te va a valer un premio que nunca quisiste ganar.

Para ello te cito a través de un mensaje para que te reúnas conmigo, un hombre sin identidad que utiliza un cebo muy simple: información relativa a las desapariciones de las noticias. Te hablo de los trofeos y de algún caso más que aún desconoces. Tu imprudencia temeraria, la misma que te lleva a conducir a velocidades vertiginosas por la autopista y por las calles de la ciudad, hace que ni te plantees que puedas tener delante al mismísimo asesino. Tu soberbia te hace creer que eres invulnerable y sigues las instrucciones al pie de la letra.

Apenas me puedo creer que seas tan insensato.

Al final, te apuñalo por la espalda, como hacías tú siempre que podías y como sigues haciendo aún hoy si te sirve para trepar y medrar en tu profesión. No mueres de manera inmediata y eso me da la oportunidad de que veas mi rostro y conozcas mis motivos. Antes de que se te escape tu último suspiro, tu lengua me sirve como último souvenir de una aventura que, por el momento, termina aquí.

Debo darme prisa, tengo un avión que coger y antes debo cerrar algunos asuntos más. La medianoche se acerca.

CAPÍTULO 26: LA ADMINISTRATIVA

Ella es una de las dos afortunadas que, por el momento, se han librado de caer bajo mis manos. No ha habido tiempo, no podía arriesgarlo todo. Cuando alguien lea esto por fin, estaré en un recóndito lugar del que ,espero, no sabréis nunca. Aún así, quiero que sepa que sigue en mi mente y que pude que vuelva a por ella. Algún día.

Traspapeló los documentos de mi beca y encima dijo que era un niño estúpido que no podía ni encargarme de mis propios papeles. Así que no pude irme a estudiar Medicina a Pamplona, como había soñado. Al final me hizo un favor, porque empecé a trabajar para pagarme los estudios y con el poco dinero que iba ahorrando, empecé a fundar mi empresa tecnológica que desde hace unos años se ha reconvertido hacia el desarrollo de biotecnología. Habría sido del todo paradójico que un neurocirujano como el que me hubiera gustado llegar a ser se dedicase a salvar vidas de día y a matar a otros de noche. ¿Qué habrían dicho los periódicos? Me habrían llamado el cirujano homicida o a saber qué chorrada se habrían inventado.

Al principio no recordaba su nombre, lo cual me produjo una indignación inaudita, como si fuera la primera señal que me dice que ya no soy tan joven y que el envejecimiento a mí también me va a pasar factura como al resto de la humanidad, un hecho que nunca queremos reconocer pero del que nadie se libra. Pero tengo una memoria prodigiosa y sabía que antes o después el recuerdo acudiría a mi mente consciente, aflorando toda la rabia que me hizo sentir, especialmente cuando me trató como si fuera un imbécil que no sabía lo que hacía.

Se llama Ángeles Ruiz y conozco su dirección y sus rutinas. Conozco a sus allegados y sus aficiones. Conozco demasiadas cosas de ella como para que pueda volver a dormir tranquila. Además, soy bueno con la

tecnología así que, aún estando al otro lado del mundo, puedo rastrear sus movimientos y enterarme de prácticamente todo lo que pasa en su vida. Tal vez desconectarse de todo no le vendría mal en su caso, de sus amigos de Facebook a los que le cuenta dónde va a estar en las siguientes vacaciones, de sus seguidores de Pinterest con sus manualidades estúpidas, de los canales de Youtube que sigue tan fervientemente, de su Whatsapp con su localizador activado…

Como verás, Ángeles, no soy ningún imbécil y he llegado muy lejos a pesar de que contribuiste a que no alcanzara el sueño que tenía en aquella época de convertirme en médico. Fuiste un clavo más, otra piedra innecesaria en el camino, otra herida que se abre y que no acaba de cicatrizar. Tenía preparada para ti una infusión especial de hojas

secas de tejo, pues sé que te encantan las infusiones y probar sabores distintos, aunque no creo que te diera tiempo en esta ocasión a colgar la foto de esa taza tan especial en Instagram. Podría hacerlo yo por ti como último regalo especial, todo sería negociarlo.

Cada vez que tomes una de ahora en adelante, por favor, no te olvides de pensar en mí, porque ya nunca podrás estar segura al cien por cien de que esa deliciosa infusión no esté funestamente aderezada.

Como es probable que la policía no te lea esta misiva que con tanto cariño te he dedicado, me he encargado de que te llegue por otras vías. Sí, lo has leído bien, otras vías en plural. Tu móvil se verá inundado con mis mensajes por si esta carta escrita a mano no llegase nunca a tu buzón. Espero que no disfrutes de su lectura. No sientas alivio, la soga sigue colgando esperando su turno.

CAPÍTULO 27: EL CONSERJE DEL

COLEGIO

Mi vendeta continúa, aunque de una manera un tanto distinta, más psicológica y menos física, tal vez. Se transmuta y se transforma en cosas diferentes cada vez, aunque el resultado sigue siendo el mismo: zozobra, miedo, muerte, destrucción, resarcimiento.

Bueno, en realidad, en este preciso instante en el que me hallo, debería decir que la venganza se encuentra en un punto muerto, se ha tomado un descanso, un paréntesis, un hasta luego pero nunca un hasta siempre.

Lo he disfrutado hasta tal punto que empecé a añadir personas a la que en un principio era una corta lista. Quizás perdí la objetividad, si es que ese término es concebible para seres subjetivos como somos los humanos. No es su caso, pues estaba en ella desde el principio. Supongo que las afrentas sufridas me han hecho quien soy y usted me trató con desprecio muchas veces. Cada vez que me pegaban y yo le decía que me había caído, no dudaba en restregarme por la cara con su mal humor lo torpe que era y que estaba harto de tener que acompañarme a la enfermería. De verdad, ¿tanto le costaba tratarme con un poco de humanidad y compasión?

Adrián era un pobre hombre, al menos es lo que siempre me pareció, con esos hombros caídos y esa mirada apagada, casi vacía, como si ya no esperase nada de la vida. Siempre despotricando y quejándose por todo, parecía que el resto del mundo le debiera algo. Era de esas personas que se creen con derecho de contagiar a los demás su talante malhumorado y amargarles el día sólo porque sí. Aún así, a pesar de ser ese dechado de virtudes tan ejemplar, se permitió el lujo de decirme que yo era un llorica y una nenaza. No creo que pensara ni una sola vez que me estaba haciendo daño, que con cada palabra me hundía más y más.

No sé por qué razón él también se creía con derecho a despreciarme. No creo que supusiese tanto esfuerzo para él acompañar a un chaval en problemas a la enfermería.

No le habría costado nada obsequiarme con alguna palabra de apoyo, en lugar de tratarme como si fuera un perdedor que no merecía ni la conmiseración ni el cariño ni mucho menos el respeto de nadie.

Pues bien, en su caso, no recibirá una carta contándole mis propósitos.

Le llegará algo que entenderá fácilmente como un aviso, sin que sean necesarias las palabras. Es la lengua de un charlatán que ya no tiene nada más que decir.

CAPÍTULO 28: REMORDIMIENTOS

Somos un mar de contradicciones. Los humanos, digo. Conviven dentro de nosotros virtudes y defectos contrapuestos, casi diría que excluyentes, conformando una misma realidad compuesta por infinitas cadenas de átomos, moléculas y energía que a veces fluye y, otras veces, se atasca y nos atasca. En un momento pensamos una cosa y, segundos después, no nos parece tan importante y casi pasamos a pensar lo contrario. Y eso es lo que me da la impresión que me está sucediendo ahora.

Pensé que no aparecerían, que nunca tendría esa incómoda sensación. Creí que era inmune, que había perdido cualquier rastro de sentimentalismo y sensibilidad. Me convencí de que nada de esto me pasaría factura. Pero ya lo dije al comienzo, las pesadillas corren a cargo de la casa. Lo que no imaginé es que a mí también me asaltarían. Así que parece que, al final, estaba equivocado. Esta alma no está vacía por completo. Tal vez sea que, una vez atravesados los momentos de mayor tensión, cuando ya estoy tan cerca del final, cuando veo la salida, mis defensas han bajado y algo aletargado intenta en mi interior abrirse paso entre tanta vileza.

Sí, me cuesta reconocerlo, pero siento remordimientos. No quería ponerles nombre a esas sensaciones, a esas molestas cavilaciones que me invadían últimamente porque eso sería reconocerlo y darles entidad. Preferiría sentir regocijo que este resquemor que pone en duda mis motivos, aunque sea algo momentáneo. Supongo que el niño que todos llevamos dentro trata de manifestarse de algún modo y decir su opinión. ¡Qué egoísta! ¿Es que no se da cuenta de que lo he hecho por él? He cumplido con la promesa que le hice a mi yo de corta edad de que, cuando me sintiera capaz, me vengaría de aquellos que me hicieran daño, les daría un escarmiento que dejaría una huella indeleble. Pues bien, lo he cumplido con creces, supliendo esa incapacidad del pasado con una determinación sin límite. Y ahora... ¿Qué sentido tiene esto?

Supongo que no nací siendo una mala persona. Me niego a creerlo, aunque, en el fondo, debería darme igual. Puede que lo que ocurra es que me importe más tu opinión de lo que nunca habría llegado a imaginar, ahora que ya sé que mi lector anónimo no será anónimo nunca jamás, sino que es alguien de sobra conocido para mí. Quiero

que leas con atención lo que voy a decir: las circunstancias y la mierda de vida que me tocó vivir hasta hace pocos años me hicieron así. El rencor fue creciendo y se convirtió en pura metástasis que anegaba mi cuerpo entero. Soy un enfermo terminal, literalmente, porque el final se acerca. Mejor dicho, el final ya está aquí. ¿Qué destino elegiré en última instancia? Una opción es acabar con todo esta oscuridad y estos remordimientos cortando por lo sano. Sería incluso romántico, ¿no te parece? La otra opción es tomar un

avión hacia un lugar que no voy a revelar. Puede que incluso ya esté subido en él.

Quién sabe qué decisión tomaré al final. Lo más seguro es que jamás lo sepas.

Tal vez sea eso, el bajón que se siente después de tanta acción en las últimas semanas, de tanta adrenalina. El cuerpo buscando su homeóstasis, su equilibrio desequilibrado, víctima de su propia entropía. Tal vez sea el hecho de hallarme entre esa disyuntiva que implica tener que renunciar incluso a la vida o, tal vez, únicamente -

lo cual ya es bastante - a lo que he construido con tanto esfuerzo para empezar otra vez casi de cero en un país que no es el mío, aunque no haya tenido nunca un verdadero sentimiento de pertenencia a este lugar que durante tantos años me hizo sentirme ajeno.

En cualquier caso, implica renuncia. Al fin y al cabo, eso es lo que conlleva tomar decisiones, elegir para renunciar, renunciar para elegir.

No lo sé, quizás sea una simple reacción química de mi cerebro y no merezca la pena darle más vueltas. La falta de sueño por todo este trabajo extra de las últimas semanas tampoco ayuda. Pero es que he cometido verdaderas atrocidades y soy consciente de que nunca volveré a ser el mismo. Ya no. El día que me llevé a Luis a nuestro viaje a la oscuridad fue un punto de inflexión. Una realidad alternativa se instaló y ya no hay vuelta atrás, salvo que descubran un agujero de gusano que me permita volver al pasado para, no nos engañemos, tomar nuevamente la misma decisión. Y yo ya conocía las consecuencias en aquel momento, aunque aún no las hubiera experimentado, e igualmente, decidí sin miramientos lo que iba a hacer.

Cuando me mire al espejo, ya no miraré a Daniel, veré un monstruo de identidad desconocida del que no sabré qué más es capaz de hacer

porque está fuera de control.

Se ha liberado de la represión impuesta durante años y ya no se dejara someter. Y por eso precisamente se presenta el futuro más incierto que nunca.

Aquí estoy, intentando que comprendas mis motivos. Te llamaré, de todos modos, antes de que tomé la decisión definitiva. Pero por si no consigo explicarte las cosas tal y como las siento ahora, simplemente porque tal vez la culpa y el remordimiento se disuelvan, y mañana me levante con una nueva versión de mí mismo, quiero que puedas leer que en algún instante de toda esta locura sentí algo, una de mis múltiples realidades la sintió y se preocupó de hacértelo saber porque te valoro, Pedro, de veras.

Te admiro y te respeto y, sea cual sea el desenlace final, seguiré haciéndolo.

CAPÍTULO 29: HAY OTROS CAMINOS

Me toca hacer lo más difícil de todo. Llamaré por teléfono a Pedro desde un número que no podrán rastrear porque me encuentro un poco en tierra de nadie y dentro de nada estaré en otro lugar lejos de aquí, mientras el terminal telefónico se hunde en mitad del océano.

Noto mis nervios al marcar el número. Supongo que lo hago porque siento que se lo debo y, además, lo he dejado por escrito en un momento de debilidad. Maldita mala suerte, ¿por qué tenía que ser precisamente Pedro el encargado de llevar la investigación? Ante él dudo y me siento vulnerable. No me siento cómodo mintiéndole porque me parece que estoy traicionando a un amigo, a uno que podría haberlo sido de verdad, aunque en realidad nunca le permití atravesar ese umbral y penetrar en mi reino de oscuridad. Y en realidad es lo que hago, traicionarle una vez más, pero es que decirle la verdad tiene un precio demasiado alto.

Suenan los primeros tonos de la llamada pero mi mente está en otra película, divagando sin cesar.

Pedro. Siempre tan íntegro, tan noble, tan honesto. Un artista en sortear las dificultades. No, no en sortearlas, eso sería inexacto. Él lo que hacía era superarlas, dejarlas atrás. Si pudiera volver al pasado, a nuestra infancia, al comienzo de todo, le habría dejado ser mi amigo, habría confiado en él sabiendo como ahora sé que valía la pena. Tal vez no sea tan descabellado al fin y al cabo encontrar un agujero de gusano que nos permita subsanar los errores del pasado. Todo podría

haber sido diferente.

Debo reconocer que me ha gustado verle, aunque obviamente hubiera preferido que fuera en otras circunstancias. Me alegra mucho saber que le va bien la vida. Se lo merece. Su infancia fue tan jodida como la mía, tal vez más. Sin embargo, él nunca escondía la cabeza ni procuraba hacerse pequeño para que no le vieran los matones de turno. Él sacaba pecho, los enfrentaba, aunque luego le tocase llorar o ir a la enfermería.

Aún así, nadie fue capaz de doblegarle.

Acaban de pasarme la llamada. Mi estómago se encoge un poco más. ¿Acaso no es otra contradicción que alguien que ha sesgado vidas tiemble por una absurda llamada de teléfono que no va a ninguna parte?

Todavía es visible la cicatriz que le hicieron cuando consideraron que era una broma graciosa comprobar la teoría de que por donde pasa la cabeza pasa todo el

cuerpo. Había una punta oxidada y le pasó cerca del ojo. Debería matarlos a ellos también, aunque esa no sea mi guerra. Pero no, me he prometido dejar atrás el odio y el rencor. ¿Seré capaz?

- Pedro, soy Daniel. Estoy muy lejos. Dudo que puedas localizar la llamada, es más, creo que es prácticamente imposible, así que no pierdas el tiempo. Tampoco creo, que algún día puedas encontrarme, aunque imagino que cualquier sospechoso diría lo mismo para intentar desanimar a la policía, aunque sea en vano. En mi caso, sin embargo, es la verdad. Supongo que a estas alturas ya has leído mi macabro diario.

- Sí, lo he leído - su tono es frio y distante, casi marcial -. Estás a tiempo de hacer algo digno y entregarte.

- No, eso nunca. No pienso hipotecar mi futuro. Antes prefiero la muerte, ya lo he dejado claro. Sólo me faltaba entrar en la cárcel y convertirme en el juguete de algún preso salido. No, gracias. Creo que con lo padecido en el pasado es suficiente. Ahora empezaré una nueva vida desde cero. Una vida anónima, lejos de los focos mediáticos.

Viviré en las sombras.

- Daniel, ¿por qué has tenido que hacer esta barbaridad? ¿Por qué esta masacre?

- Necesitaba reconciliarme con mi pasado.

- ¿A esto le llamas reconciliación? Lo que has hecho es algo abyecto. No te reconozco.

Siempre fuiste una buena persona.

- ¿Lo fui? ¿Estás seguro? Porque yo no lo sé. Sólo sé que fui jodidamente débil y que muchos se creyeron con el derecho de tratarme como si fuera basura, una mierda que puedes pisar.

- Pudiste haber pedido ayuda.

- ¿Ayuda? ¿A quién?

- A tu madre, a los profesores, a mí.

- Mi madre sufría demasiado y estaba casi incapacitada. Lo último que necesitaba es que yo fuera contándole más desgracias. Los profesores no siempre estaban dispuestos a ayudarme, porque eso implicaba trabajo, incomodidades y enfrentarse a los padres de los matones de turno. Y tú parecías tan débil como yo - me arrepiento de lo dicho nada más pronunciar estas últimas palabras.

- En eso te equivocas. Yo nunca me sentí débil. Yo les planté cara. No me siento débil tampoco ahora, sino alguien muy fuerte que sabe crecerse ante la adversidad. No dejé que me hirieran hasta el punto de no reconocer la persona que soy. No me han vencido porque sigo siendo yo mismo, cosa que dudo que puedas hacer tú.

- Puede que tuvieras más suerte que yo.

- No, Daniel. En eso te equivocas. Y sigues sin explicarme por qué no me pediste ayuda, porque me mantuviste lejos cuando intenté ser tu amigo.

- Porque ya tenías bastante con lo tuyo y porque era incapaz de confiar en nadie.

Pensaba que, antes o después, me traicionarías. Ahora sé que eres una persona íntegra y tal vez podríamos haber sido amigos, uña y carne, unidos por el dolor y la desesperanza. Aunque no estoy seguro de si habría salido algo bueno de aquello.

- Nos habríamos apoyado el uno al otro. Habríamos aunado fuerzas.

- ¿Fuerzas? Por aquella época ya no me quedaban. Creo que no intenté

suicidarme por mi madre, mi pobre madre. Aún así, no me hubiera apetecido pasar el tiempo contigo hablándote de mis penas, relamiéndome mis heridas una y otra vez en un bucle sin fin, porque eso no ayuda, seamos sinceros. Además, creía que si te contaba todo lo que me había sucedido y lo que seguía ocurriéndome casi a diario pensarías que era alguien deprimente con quien no merecía la pena pasar el tiempo.

- Eso lo dices porque no me conoces. Yo no te habría abandonado. No soy de esos. Te habría apoyado y te habría hecho ver que hay otros caminos alternativos a la violencia.

- ¿Ah sí? En realidad me propones que hubiera dejado todo atrás, como si no hubiera pasado.

- Siempre hay opciones. Yo he estado muchos años en tratamiento. Medito a diario y vivo sin rencor. Disfruto del presente. Y he elegido el camino de proteger a otros, de intentar transmitir a otras personas la alternativa de disfrutar del presente en cualquier circunstancia y aprender a vivir con el dolor sin convertirlo en un sufrimiento constante.

- Cada uno restaña sus heridas como puede. Reconozco que tu forma es admirable y eso no hace más que reforzar la imagen que tengo de ti. En mi caso, soy consciente de que mi forma de actuar no es nada honorable pero he dejado un mensaje claro a la sociedad: si permitimos el bullying, se pueden desencadenar consecuencias imprevisibles. Un huracán iniciado por el batir de las alas de una mariposa al otro lado del mundo.

Alguien que, de pronto, en el colegio se cree que puede meterse con otro sin que nadie le pare y otros siguen su ejemplo hasta que el primero se convierte en un asesino en serie dispuesto a saldar todas las deudas. Lástima. No me ha dado tiempo a culminar mi misión. Aún así, tal vez no deberían volver a dormir tranquilos. Nunca sabrán si volveré a estar al acecho.

- Olvídalo. Ya has causado demasiado dolor.

- Proporcional al recibido.

- Como quieras, pero en todo caso más que suficiente. Y aún hay personas que permanecen desaparecidas y en tu diario no nos has dejado su ubicación.

- Sí, lo sé. Puede que pronto recibas más información. Todo depende

de lo que decida hacer a continuación, aunque sí hay una carta que escribí ayer que espero que leas y que te ayude a entenderme un poco mejor o, como mínimo, a que sepas que no soy alguien totalmente insensible. En todo caso, quería decirte que espero no haber perjudicado tu carrera con esto ni perjudicarte en modo alguno porque sé que reaparecieron fantasmas para ti también que parecían enterrados. Por eso te envíe el diario. Insisto: perjudicarte en cualquier sentido es lo último que hubiera querido. Me despido ya. Te deseo una vida llena de felicidad y éxito.

La señal que indicaba que se había interrumpido la comunicación se instaló en su oído de forma premonitoria. Sus compañeros le confirmaron que lo habían intentado, pero la señal rebotaba en diferentes torres y era imposible rastrear la llamada. Tampoco disponían de los medios más avanzados para ello puesto que, el bajo presupuesto de los dos últimos años, no les había permitido invertir demasiado para desarrollo tecnológico de última generación. Cuando intentaron devolver la llamada, el número simplemente ya no existía.

CAPÍTULO FINAL: MEMORANDO

Quiero que todos conozcáis los detalles. Por eso, aunque este memorando va dirigido a alguien en particular, también lo he enviado a diferentes medios de comunicación para que se difunda, pues estoy convencido de que, de lo contrario, no traspasaría las paredes de la comisaría.

Lo he escrito porque siento que te lo debo, Pedro. No ha sido justo que tú estuvieras al mando de esta investigación. Tú, que tienes una brillante carrera. No podía permitir dejarte en las tinieblas. Nunca quise crearte problemas. A ti no. Aunque eso ya lo sabes.

Puede que incluso algún día te llame otra vez por si necesitas alguna información extra, aunque puede ser arriesgado, entre otras cosas, porque la bestia puede volver a despertar y no está en mis planes por el momento. Las cosas no me van nada mal, así que no hay razón para buscar complicaciones innecesarias.

En primer lugar, al principio lo de usar venenos fue una forma de no complicarme la vida en exceso. Hay sustancias venenosas que resultan muy eficaces porque apenas dejan rastro y perfectamente pasan por una muerte natural, si no hay motivos que fundamenten una amenaza o sospecha previa. Al mismo tiempo, podía servirme para haceros creer que podía ser una mujer, aunque no fue evidente al principio. Además, para una mujer puede ser más fácil acceder a ciertos sitios, es

más sencillo ganarse la confianza de según quien, así que podría cuadrar en los esquemas. Nada de muertes violentas, excepto la de Luis que no pensaba que fuerais a descubrirla nunca. Y luego,

¿qué decir?, ya no me pude contener, la adrenalina me pedía más implicación personal y no sólo ser un mero testigo de la Parca.

Como ya sabrás, la empresa que tenía en España era (y me alegra saber que, la obra de mi vida, continúa siéndolo y que no se vino abajo con el escándalo) puntera en el desarrollo de tecnologías aplicables especialmente a la medicina, aunque algunos de los avances y prototipos que hemos lanzado en los últimos años se han utilizado para otros fines en no pocas ocasiones. No es nada nuevo, ocurre casi con cada dispositivo de cierto nivel tecnológico y con múltiples potencialidades, ya sea software o hardware. Te imaginarás que, dedicándome a esto durante tantos años, estoy plenamente actualizado, por lo que no me ha resultado ningún misterio clonar ni hackear dispositivos móviles de mis víctimas para conocer sus gustos, aficiones, vida social y, sobre todos, localizaciones. No obstante, teniendo en cuenta la avanzada edad de alguno de ellos, no siempre fue tan fácil y tuve que hacerlo a la vieja usanza, siguiendo

sus movimientos camuflándome entre la multitud o, sencillamente, haciéndome invisible.

Centrándonos en la elección de los que aparecen reflejados en el diario que ya de sobra conoces, estoy seguro de que te preguntas porque no están en la lista algunos de los abusones que tanto tú como yo sufrimos en alguna ocasión. Dígamos que, aunque lo parezca, desde luego no ha sido algo arbitrario. No te voy a engañar, podían haber sido muchos más. Han sido muchos años pensando en este tema, demasiados. Pero debía concentrarme en los que por un motivo u otro más daño me hicieron y que hicieron daño a sabiendas de que lo hacían.

Seguro que te viene a la cabeza por ejemplo, Sebas, el que venía con nosotros en cuarto de primaria. Sí, no lo voy a negar, era un abusón en toda regla, pero no era tan mala persona como todos creían. En realidad, era un chaval con un ambiente terrible en casa y que intentaba buscar su sitio. Quería hacerse respetar y quería ser aceptado por el grupo de los “populares”, por decirlo así. Sé que se reían de él y que le manejaban a su antojo. Estaba más tiempo castigado del que puedo recordar, porque cargaba con la culpa de lo que hacían otros. Como comprenderás, no iba a meterle en esta lista, aunque no fue precisamente cariño lo que me demostró en más de una

ocasión. Da igual. No creo que fuera justo, aunque en parte mereciera algún tipo de castigo. En realidad, su propia vida personal ha sido siempre ya de por sí un castigo y las cosas no le van mucho mejor ahora. ¿Merecía más? ¿Era necesario? En mi opinión, no lo creo.

Por otra parte, está un argumento de tipo económico. En realidad, se trata de economía de tiempo. Es decir, tenía que ajustar los objetivos al posible tiempo disponible y, aún ciñéndome a una corta lista, no he tenido el suficiente para culminar mi misión. Es en cierta medida frustrante, pero me consuela saber que los principales objetivos han sucumbido a mis ansias de venganza.

Por si acaso no has descubierto ya por ti mismo todo lo que he hecho, además del diario que te he dejado, he decidido completarlo con este corto memorando que recoge posibles datos o información que puede que te falte y que sospecho que necesitarás para tu informe y para cerrar el caso.

Lo de Doña Pura y Luis lo sabes ya, toda la información está ahí, en el diario. Lo de Marcos también, una sobredosis por una droga adulterada que yo le proporcioné pero que, créeme, sucedería antes o después, estaba cantado. Yo sólo aceleré el proceso. Por cierto, de él no me quedé ningún recuerdo, igual que tampoco lo hice de Federico. Por si no lo recuerdas, le envié su lengua a Adrián, el conserje.

En cuanto a Lucía, bueno, fue bastante sencillo. Se fiaba de mí diría que casi ciegamente. Así que la llevé a la cabaña del bosque sin engaños, sin trucos.

Simplemente subió al coche y se imaginó que íbamos a una escapada romántica. La estrangulé con mis propias manos, igual que hice con Fina, la directora del instituto, la cual se defendió con uñas y dientes, te lo aseguro. Por suerte, no viste el arañazo que me dejó en el cuello, porque seguramente ahora no estaría aquí escribiendo esto.

Llevaba un colgante con la foto de cuando Damián era un crío y ya te imaginarás que me lo quedé.

Con Óscar, el orientador, tuve más precauciones. No sé si recordarás que era un tipo bastante grande. A día de hoy, seguía teniendo un físico que imponía cierto respeto, así que tuve que inyectarle una considerable cantidad de insulina para reducirle. Después ya fue pan comido.

A Silvia la esperé en el portal de su casa con un pañuelo empapado en cianuro.

Rastreaba sus movimientos a través de su móvil, así que sólo tuve que adelantarme un poco a su llegada. Te diré que en todo momento fue consciente de lo que le iba a pasar, aunque su agonía tampoco fue demasiado larga. Ya notaba que estabais al acecho y en mi empresa empezaban a ser excesivas mis ausencias. Tuve que darme prisa con ella y los siguientes, como bien ya sabes. Si llegáis a encontrar sus restos, seguro que notaréis que le falta un pendiente. Lo tengo yo.

Respecto a Damián, bueno, tenía mucha bilis acumulada. Le inyecté un tranquilizante cuando salió del gimnasio y me lo llevé a la cabaña a él también. En realidad, la mayoría han pasado por allí. Por suerte no encontraréis su cadáver completo, como en la mayor parte de los casos. Puedo decirte que con él hubo ensañamiento, así que no es algo agradable de ver. Tenía un bonito reloj que luce bien en mi muñeca.

Finalmente, nos queda Federico. En este caso, estoy seguro que te sientes un poco agradecido de que te lo haya quitado de en medio. Leí lo que escribió y desde luego no parecía un aliado de la policía, sino más bien un estorbo. Si lo dejé tirado en aquel contenedor del callejón no fue sólo porque ya el tiempo apremiaba, sino porque creo que era el lugar que le correspondía a esa basura.

Me ha faltado contarte que de nuestro “querido” profesor de Educación Física guardo un silbato. Viendo lo gastado y viejo que parece, sospecho que sigue siendo el mismo que utilizaba para torturarnos cuando éramos unos críos.

Creo que está todo, porque imagino que habréis encontrado la cabaña sin demasiada dificultad. Si no lo habéis hecho aún, te diré que se encuentra a unos pocos kilómetros al norte de donde encontró los restos aquel cazador. Todos los demás están esparcidos en varios kilómetros a la redonda. Si aún así no halláis su localización, no tenéis más que mirar al cielo y seguir el vuelo de las aves carroñeras que he visto que revolotean por allí buscando su siguiente comida. Les he dejado una despensa llena, perdona la ironía de mal gusto.

Me despido, viejo compañero. Me encantaría poder decir viejo amigo, porque podríamos haberlo sido. Tal vez eso lo habría cambiado todo. Quiero dejar claro que soy consciente de lo que hecho, de que es algo atroz difícil de digerir para nadie pero también quiero que conste que lo hice por mí, por ti y por todos los chavales que sufren el odio, la marginación y el abuso de otros.

Cuida bien de tu hijo. Sé que lo harás y serás un gran padre, pero debes estar atento a las señales. Tú y yo sabemos bien que las hay y

los padres no siempre las ven. No permitas que otros le conviertan en alguien que no es como me sucedió a mí.

Cuando hablamos por teléfono, me dijiste que hay otros caminos. Lo sé. Tienes razón. Pero esta historia comenzó a escribirse más de treinta años atrás, cuando empecé a sufrir lo dura que puede ser la vida y lo malo que puede ser el ser humano. Ese camino de espinas no lo elegí yo, sino que lo llenaron todos los que convirtieron mi existencia en un infierno. Tantos años habitándolo sin ayuda no podría traer nada bueno. Tal vez, a partir de este momento, si se conoce mi historia, las cosas comiencen a cambiar. No será de golpe, pero quizás alguien se piense dos veces hacer daño a otro sólo porque sí, porque no sabes en lo que se puede convertir.

Comprendo que el miedo no es el mejor argumento, pero la historia nos ha demostrado que es algo eficaz para controlar a otros. Si logro que se reprima la maldad, la inacción y la pasividad por las posibles consecuencias de un justiciero del futuro, habré logrado el doble de lo que me proponía al principio.

AGRADECIMIENTOS

No puedo terminar este libro sin agradecer a todos los que estáis ahí leyendo estas páginas que dediquéis vuestro tiempo a compartirlo, en cierta medida, conmigo. Es una historia oscura, lo sé. Es la primera vez que escribo algo así y no resulta fácil, la verdad.

No obstante, creo que el poder de los libros está en que pueden hacernos reflexionar tratando los recovecos del alma humana, como son el odio o el ansia de venganza que, nos guste o no, forman parte de nuestra naturaleza y conviven con grandes virtudes como la amabilidad, la compasión, la tolerancia y el ayudar al otro de forma totalmente desinteresada. No debe ser casualidad que, aunque no seamos plenamente conscientes de ello o sin ser la primera intención cuando ayudamos a los demás, eso nos reporte recompensas gratificantes a través de la cascadas de reacciones químicas que se producen en nuestro cerebro y que se traducen en un bienestar muy semejante a la sensación de felicidad.

Gracias a todos los que me habéis escrito algún mail para comentarme vuestras impresiones sobre alguno de mis libros. Gracias también a aquellos que lo dedican a valorarlos y comentarlos en distintas plataformas. No hay nada más valioso que el tiempo, es algo que cada vez tengo más claro, y por ello el agradecimiento es aún mayor. Creo que os he respondido a todos y no me he olvidado de ninguno. Si no

ha sido así, lo siento y desde aquí os envío mi agradecimiento una vez más.